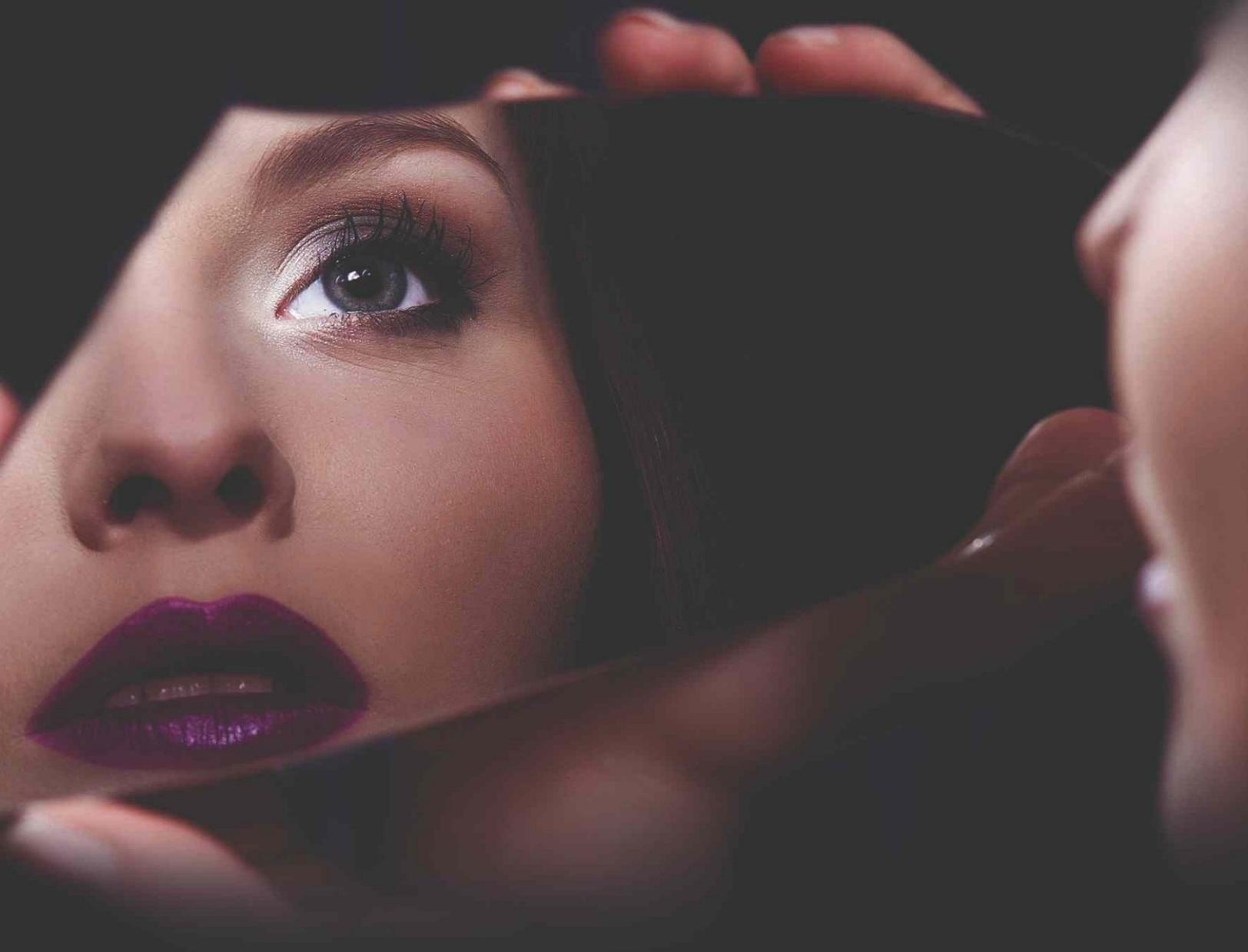


Doli Pereira

CUANDO EL ALMA
TIENE DOS CARAS



Letrame
Grupo Editorial

© Derechos de edición reservados.
Letrame Editorial.
www.Letrame.com
info@Letrame.com

© Doli Pereira

Diseño de edición: Letrame Editorial.

ISBN: 978-84-17608-98-9

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor.

Letrame Editorial no tiene por qué estar de acuerdo con las opiniones del autor o con el texto de la publicación, recordando siempre que la obra que tiene en sus manos puede ser una novela de ficción o un ensayo en el que el autor haga valoraciones personales y subjetivas.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)».

A mis hijos Erik y Maribel.

Un pequeño ejemplo de que siempre se puede lograr lo que sueñas: con
dedicación e ilusión.

Capítulo 1

Todavía no había sonado el despertador de Elena y su mano autómatas ya estaba preparada para apagarlo en el primer sonido. Le había costado mucho adaptarse al horario de su primer trabajo en la capital madrileña; sobre todo, cuando tenía turno de mañana, porque tenía que estar en pie a las seis de la madrugada; pero su cuerpo, sorprendentemente, después de cuatro meses, había tenido la facilidad de adaptarse como un reloj.

Se enfundó los pies en sus zapatillas y, mientras se ataba la bata, se dirigió a la cocina para preparar su desayuno. Hoy le tocaban habitaciones. «Por lo menos no tendría que verle tan continuamente la cara a la odiosa de la gobernanta Carmen», pensó mientras se preparaba sus tostadas con ciruela. Cuando vio que la leche estaba en su punto, le añadió el café; le gustaba que llegara a hervir, esa costumbre la tenía desde pequeña; era como su ritual. La tomaba lentamente mientras su mente repasaba lo que tenía que hacer ese día.

Hoy su amiga Irene la recogería por la noche para llevarla a un nuevo local que había abierto hace poco. Ella era su guía por Madrid, siempre que tenían un tiempo libre y coincidían, la sacaba a descubrirlo. Gracias a ella, en esos meses jamás sintió el fantasma de la soledad en esa gran ciudad. Lo único malo es que le había dicho que irían con algunos de sus viejos amigos del pueblo; detestaba sentir vínculos con todos ellos. Su pasado quería dejarlo atrás, pero unos habían traído a otros en su afán de intentar probar suerte en aquella ciudad, e Irene era tan sociable que todo el mundo la buscaba. Pero ella era su mejor amiga y era la única cosa que no quería perder de su vida anterior, así que, sin nunca protestar, aceptaba esas reuniones.

Recogió la mesa de su desayuno y corrió a darse una ducha. Aquello sí que era una odisea cada mañana. El estudio que le había conseguido su amiga le encantaba a pesar de sus cuarenta metros cuadrados; prácticamente en cinco pasos se recorría. Salón, cocina y comedor se divisaban nada más entrar. Una media pared a modo de estantería separaba el dormitorio del resto y una única puerta a la entrada para el cuarto de baño, donde un plato de ducha con una minúscula mampara asombraba al entrar. Parecía que era imposible que existieran esas medidas a la venta. Entrar en ella tenía su arte, no se podía hacerlo de frente sino de lado, y enjabonar la parte inferior del cuerpo requería casi tener una mente ingeniosa, para no tener un percance. Pero, a pesar de ese inconveniente, adoraba aquel lugar.

Cuando Elena llegó a la entrada del hotel, un suspiro de resignación le salió sin darse cuenta. No era precisamente un trabajo que le encantara pero le pagaba sus facturas. Ella aspiraba a algo mucho mejor.

—¡Buenos días, Elena!

—¡Buenos días, Daniel!

—Como siempre tan puntual.

—Ya sabes que me gusta ser siempre la primera —contestó sonriente Elena mientras se encaminaba a la puerta de prohibido el paso, que daba acceso al personal de la empresa.

Daniel era el recepcionista más antiguo del hotel y, sin duda, su carácter tan afable hacía que todo el personal lo adorara. Siempre tenía una sonrisa dibujada en su rostro, pareciera que el espíritu de su sur, como él solía decir, le acompañara siempre.

Ya en los vestuarios se recogió su pelo en una cola y, mirando su uniforme, pensó: «¡Espero que hoy la bruja no me ponga ninguna pega y pueda salir a tiempo!». Carmen era la típica mujer autoritaria que nunca a nadie lograba dar una palabra de aprobación.

Revisó una vez más su carro de limpieza comprobando que tuviera todo lo necesario y se encaminó hacia el ascensor de servicio.

Ella era muy consciente de que tenía que buscar la forma para encontrar una salida mejor a su vida, aspiraba a muchas cosas y, costara lo que le costara, sabía que lo iba a lograr. Todavía recordaba la forma como consiguió el dinero para llegar a Madrid.

—¡No me lo puedo creer, Aurora! ¿Cómo ha sido capaz de hacernos eso?

—Mamá, estás equivocada, Juan es incapaz de hacerlo. ¿Cómo puedes tener ese concepto de mi marido? Sabía que nunca fue santo de tu devoción; pero acusarlo de coger tu dinero...

—¿Qué está pasando? Se oyen los gritos desde afuera —dijo Elena nada más entrar por la puerta de la casa y observar a su madre y a su hermana discutir.

—¡Ha desaparecido el dinero que tenía guardado para pagar las facturas de este mes, hija! —dijo llorando su madre.

—¿Qué Mamá, eso no es posible, ¿has mirado bien? ¿No lo habrás cambiado de lugar? —preguntó sorprendida Elena.

—¡No, no he cambiado nada! —gritó desesperada su madre—. Ayer estaba y hoy, precisamente que ha llegado tu hermana y el bueno para nada de su marido,

ha desaparecido.

—No te lo permito mamá, ¿me oíste? —exclamó entre llantos Aurora.

—¡Escúchame bien, la que no permite soy yo! Y desde este mismo momento quiero que te largues de mi casa.

—¡Mamaaa! —gritó Elena poniéndose en el medio de las dos. No alcanzó a decir ninguna palabra más, su hermana se giró y las dejó solas, tan solo con el tremendo ruido de la puerta al cerrarse tras ella.

Elena abrazó a su madre para intentar consolarla, sabía que no cabían las palabras en ese momento. Mientras lo hacía, una gran sonrisa de triunfo se dibujaba en su rostro. Su plan había funcionado.

Tres semanas después, Elena comunicó a sus padres que su amiga Irene le había conseguido un trabajo en la capital. Había logrado convencerlos de que, después de lo que había sucedido, ella necesitaba sentirse útil; para, dentro de sus posibilidades, ayudarles en todo lo que pudiera.

—¡Te va a encantar, amiga!

—Si por lo menos me gusta la mitad de lo que te ha impactado a ti, me doy por satisfecha.

—Estoy convencida de ello, Elena. He visitado muchos sitios de la ciudad; pero este sin duda me ha hechizado, es muy diferente a lo que estamos acostumbradas y además es un lugar donde, según me han dicho, va lo mejor de Madrid. Si sigue teniendo este éxito, será un referente para la clase más alta de la capital y de todos los que vienen de paso.

El trayecto al final había sido un poco más largo de lo que había imaginado. Elena se bajó del auto de su amiga y, sorprendida, contempló la fachada de la sala de fiestas a la que le había llevado Irene. Aquello parecía una construcción colonial; sin duda, si esa noche Irene pretendía sorprenderla sin todavía haber entrado, lo había conseguido.

Dejaron sus abrigos en el guardarropa, donde una chica con una sonrisa perfecta les dio la bienvenida.

—¡Qué pena que el resto del grupo no haya podido venir esta noche!

—Sí, una verdadera pena. —Elena sintió que su respuesta no había sido muy convincente.

—Estoy convencida, amiga, de que te va encantar, ya verás —dijo Irene mientras se adentraban al interior del lugar.

—¡Espero que sí! Por lo menos amortizar el precio desorbitado de la entrada

—contestó Elena asustada.

Ya en el interior, Elena no pudo fingir su entusiasmo. Aquel lugar era, sin duda, espectacular.

Se divisaban varias salas donde claramente el tipo de música era distinto; aquello no tenía nada que ver con la fachada que uno se encontraba. Todo era muy místico, lleno de estatuas de budas donde se percibía un aroma embriagador y muy suave. Todo el interior estaba revestido de madera, haciéndolo, si cabe, más acogedor

—¿Te parece si pedimos algo? —preguntó Irene mientras contemplaba la cara de su amiga. Se sentía satisfecha de haberla sorprendido, no necesitaba preguntarle si le gustaba, su expresión lo decía todo.

Decidieron ir a la pista de baile, no estaba muy llena, ya que era un día entre semana. Cuando llevaban varias canciones bailadas, Elena se dio cuenta de que un chico muy elegante la estaba observando. Se sintió alagada de que aquel hombre de pelo moreno la observara sin quitarle los ojos de encima. Discretamente percibió que cada vez al bailar se acercaba más al lugar donde ella estaba con su amiga. Decidió ignorarlo por un rato, cerró sus ojos sintiendo cada nota que sonaba. Cuando los volvió abrir Irene ya estaba bailando con un chico y su supuesto pretendiente bailaba con un grupo de chicas.

—¡Qué descarado! —pensó.

Siguió bailando intentando no demostrar su frustración, pero él seguía observándola descaradamente. Si pretendía llamar su atención aquel hombre tan guapo, sin duda, lo había logrado.

—Llevo rato intentando pasar desapercibida tu belleza, pero al final he decidido rendirme a la tentación y perderme en ella.

Elena se giró para ver quien le estaba hablando y sus ojos se encontraron con el mismo chico que desde que entró a la pista la estaba mirando. Él le sostuvo la mirada con una amplia sonrisa.

—¡Hola! ¿Me permites invitarte a una copa?

—Estoy con una amiga y todavía no he terminado la mía. —Le enseñó el vaso con su bebida.

—A tu amiga la veo demasiado entretenida—dijo el chico mientras miraba hacia donde estaba su amiga.

—¿Conoces la parte de arriba?

—No, de hecho, esta es la primera vez que vengo a este lugar.

—Pues permíteme hacer el honor de ser yo quien te lo muestre.

—De acuerdo.

Mientras subían las escaleras también de madera, descubrió de dónde procedía aquel olor que había sentido cuando entró. Las estatuas de budas tenían por la parte de atrás un pequeño orificio donde le ponían unos inciensos.

Ya en el piso de arriba, unas enormes cristaleras abarcaban todo el frontal de esa estancia. El lugar era más íntimo, con algunas mesas más apartadas y con cristaleras opacas que separaban unas de otras a modo de zona privada. Elena se acercó a la cristalera y pudo contemplar la hermosa vista que esta le regalaba. Una preciosa panorámica nocturna de Madrid.

—¡Preciosa! —exclamó Elena.

—No más que tú.

Elena sonrió tímidamente y le dio su último trago a su bebida.

—Ahora sí me aceptarás otra, ¿verdad?

—No suelo aceptar nada de alguien del que ni sé su nombre.

—Disculpa... me llamo Javier.

—Supongo que en tu afán de impresionarme se te olvidó lo obvio, tu nombre. Yo soy Elena. —Le tendió su mano a modo de saludo.

—Un verdadero placer, Elena.

Pasaron las horas sin darse cuenta hasta que Irene apareció sorprendiéndola y recordándole que mañana era día de trabajo.

—Te espero en la salida. No tardes, amiga.

—Ahora bajo, Irene.

—Supongo que no será una despedida, espero volver a verte en los días que me quedan por pasar en esta ciudad —comentó Javier.

Elena cogió una servilleta de una mesa de al lado y llamó a un camarero para que le prestara un bolígrafo y escribió su teléfono. Se lo devolvió al camarero dándole las gracias y dobló el papel donde había escrito sus datos telefónicos y se lo introdujo en el bolsillo de su camisa.

—Espero tu llamada —dijo Elena mientras le sonreía y, cuando hizo además de darle un beso en la mejilla, él se giró y sus labios se rozaron dulcemente.

—Espero no te haya incomodado —dijo Javier, mientras buscaba en su cuerpo algún signo que le delatara incomodidad.

Elena se acercó otra vez a él y, sin dudarle, buscó sus labios para volver a

besarlo. Esta vez el beso fue más largo e intenso. Cuando se separaron, ella se acercó a su oído para que pudiera escucharla bien y le susurró: «¡Me encantó!». Y se alejó en busca de su amiga Irene, sin mirar atrás, con una amplia sonrisa sintiendo su mirada en su espalda.

Ya en el coche, Irene le preguntaba de dónde había sacado tan delicioso caramelo.

—¡Será que ahora resulta que tú estabas sola! —dijo jocosa Elena.

—No, pero si me hubieras conseguido un amigo parecido a él, la noche hubiera ido mejor.

—De todas formas, está en la ciudad por negocios, la semana que viene está de regreso.

—¡Vaya, veo que hablasteis mucho!

—La verdad es que sí. Me ha dejado muy buena impresión. Ahora solo espero que me llame.

—Te llamaré, amiga. A ver, dime: ¿quién no ha sucumbido a tus encantos?

Capítulo 2

Todavía faltaban dos horas para llegar a Bangladesh. El vuelo se estaba haciendo interminable.

Aún podía oír aquellas palabras de su hermano retumbar en sus oídos. ¿Cómo había podido suceder aquello? Así, tan de repente...

La azafata se acercó a él y le entregó el vaso de whisky que hacía unos minutos había pedido. Siempre disfrutaba de los vuelos en primera clase pero, esta vez, era totalmente diferente. Solo deseaba poner pies en tierra y que lo llevaran directamente adonde toda su familia lo estaba esperando, porque Javier sabía que él era el único que faltaba en esa nefasta reunión.

—Ven cariño, ya te he preparado la merienda, coge tu chaqueta que nos vamos al parque como te he prometido.

—¡Ya estoy, maaaa!

Soledad cogió la chaqueta que le brindaba su hijo y le ayudó a ponérsela, mientras una sonrisa le provocaba ver la inquietud que despertaba aquella salida a su hijo menor.

—Como te has portado muy bien toda la semana, tendrás tu premio.

—¡¡¡Sí, mami!!! ¿Me vas a comprar un helado?

—De acuerdo muchachito y, esta vez, uno bien grande.

—¡¡¡Con dos bolas, mami!!!

«¡Buenos días, señores pasajeros! Les habla su capitán Elliot Willsom, estamos a punto de aterrizar en el aeropuerto internacional de Hazrat Shahjalal. Si miran por su ventana, observarán una espectacular vista panorámica de la ciudad de Daca de aproximadamente siete millones de habitantes. La temperatura es de 23°C y la hora local, las 11:30 am. Su capitán y su tripulación esperan que hayan disfrutado de su vuelo. Les deseamos una feliz estancia en Bangladesh».

La voz del capitán lo despertó sobresaltado, hubiera deseado quedarse así, recordando su cara y su voz una vez más, aunque sabía que eso ya solo sería a partir de ahora en sus sueños, en sus recuerdos. Ya no volvería a verla, viajaba para darle su último adiós.

Cuando Ravi se adentró por el camino empedrado de la mansión de la casa de sus padres, Javier notó el aire pesado, como una gran losa que amenazaba con desplomarse encima de él.

Todo olía a tristeza y eso a pesar de que el jardín que precedía al hogar familiar estaba tal como lo había distribuido su madre, repleto de árboles y flores de diferentes especies dispuestos de una forma magistral; que todo el que se adentraba en ese paisaje se quedaba admirado por su belleza. Pero ahora, verlo y percibir sus aromas, le traía el sentimiento del dolor, era como si la gama de colores hubiera desaparecido y en su lugar solo sólo quedaran las tonalidades grises.

Ravi se bajó del coche y apresuradamente se dirigió a abrirle la puerta a Javier

Cuando se dirigió a la puerta de la entrada, Javier miró al suelo contemplando el *rangoli*. Era fascinante cómo su madre se había integrado en la cultura hindú, aunque aquel país era mayoritariamente musulmán. Niraj la había introducido en aquellas costumbres, de tal modo que fusionaba las dos culturas asombrosamente; y una de ellas era haber diseñado ella misma desde que tenía memoria la bienvenida a su hogar con aquellos colores que utilizaba siempre con motivos naturales. Se quitó los zapatos y se adentró en el que había sido hasta ahora su hogar.

Se encontró con el féretro de su madre dispuesto en la sala contigua y rodeado de numerosos ramos de flores y alrededor sentados todos sus familiares. Poco a poco todos se acercaron para abrazarlo, la emoción era palpable pero, cuando se acercó a ella, sus ojos ya estaban repletos de lágrimas.

Capítulo 3

Ya habían pasado dos días desde que había conocido a Javier y el teléfono no sonaba. Sabía que no era un problema de cobertura porque el hotel en todos los recintos la tenía. No había podido sacarlo de su mente y esperaba ansiosa aquella llamada. Sabía que aquel encuentro había sido muy especial para los dos. Pero, a medida que pasaban las horas, su enojo aumentaba al pensar que su intuición le había fallado. Y no sabía qué le molestaba más, si saber que había leído mal las intenciones de Javier o que él fuera el primer hombre que no le llamaba después de haberle dado su número.

Cogió su carrito de limpieza y furiosa lo giró para dirigirse al ascensor de servicio, con tal mala fortuna que algo se cruzó en su camino y el impacto hizo que perdiera su equilibrio y se desplomara todo su cuerpo en el suelo. En el choque, su brazo derecho se había golpeado con su carro de limpieza. Intentó levantarse todavía aturdida por lo que había pasado, cuando una mano le ayudó a levantarse:

—¿Estás bien?

Elena lo observó y comprendió que él había sido la causa de su aparatosa caída.

—¡¡¡Imbécil!!! —Se soltó de su mano que le estaba todavía agarrando el brazo.

—Tranquila, solo quería ayudarte.

—¿Ayudarme? ¡Si caminaras observando por donde lo haces, esto no hubiera pasado!

—¡Perdona! ¿Intentas insinuar que ha sido mi culpa, preciosa?

—¿Perdón? ¿Acaso no te has dando cuenta de que en este lugar hay huéspedes y no puedes ir corriendo por los pasillos o lo que haya sido que venías haciendo?

—Parece que a la que se le ha olvidado es a ti, porque, si no, bajarías ese tono de voz.

Elena bajó su mirada al darse su cuenta de que estaba gritando y, sin mediar palabra, cogió su carro de limpieza y se dirigió otra vez al ascensor.

—¡Intenta conducirlo esta vez mejor preciosa! —dijo el chico jocosamente.

Elena no podía con su enojo, ¡lo que le faltaba a su día! Esperaba no encontrarse con nadie a la salida de su trabajo, no podía con su furia y no tenía

ganas de dar explicaciones a nadie.

Cuando llegó a su edificio lo único que deseaba era abrir la puerta de su estudio y que las horas de ese día llegaran a su fin y, de repente, allí estaba él, con una botella de vino en la mano y en la otra un hermoso ramo de flores.

—¡¡¡Tú!!! ¿Cómo has sabido dónde vivo?

—Tengo mis recursos; no creas, no ha sido tarea fácil. Espero que esto sea suficiente para disculparme por no haberte llamado antes. —Javier le mostró lo que traía en las manos y se acercó para besarla.

—Suficiente. —Elena intentó acertar para, mientras se besaban, abrir su puerta. Ya en su interior sus deseos no realizados en su encuentro afloraron. Fueron chocando con todo lo que encontraban en su camino y, cuando llegaron al sofá, Elena se detuvo al escuchar una voz.

—¡Hola, preciosa!

Elena se despertó entre sudor y observó su entorno todavía confundida. Pero no había nadie, estaba sola, ¡solo había sido un sueño! ¡Un sueño que hubiera sido perfecto, si no hubiera aparecido el chico de aquella mañana!

Capítulo 4

A pesar de que estaban en Bangladesh, su familia había conseguido que todo semejara un funeral como cualquier otro que se hiciera en España.

La única diferencia es que todo el mundo vestía de blanco y que el féretro, en vez de ser sepultado en un campo santo, sería enterrado en la finca familiar, en una zona donde se divisaba gran parte de la propiedad. Su padre Gonzalo había decidido que sería su mausoleo familiar.

Después de los oficios de la misa, Javier y sus dos hermanos, Adrián y Alicia, se sentaron alrededor de la mesa del jardín; su padre y su tío Jacinto estaban hablando en la biblioteca.

Niraj se acercó a ellos y les ofreció un té. llevaba al servicio de sus padres desde que ellos habían llegado a Dacca, hacía ya quince años. Todos la recordaban siempre vestida con sus coloridos saris y hacía ya muchos años que empezó a pintarse un lunar rojo entre sus ojos, lo que simbolizaba su estado marital. Tenía un aspecto delicado y, a pesar de su edad, se apreciaba una gran belleza.

Niraj y su madre, desde un principio, se habían aceptado muy bien, de tal forma que en todos esos años Niraj había conseguido hablar el español y ella era la que les había enseñado a todos ellos su lengua.

—Ya sabéis que Niraj quería mucho a nuestra madre, eran cómplices en todo.

—Sí, Adrián, eran como las hermanas que nunca tuvieron.

—Exacto. Pues ni te imaginas cómo ella quería un funeral típico de su religión. Al final consiguió convencer a papá de que por lo menos la vistiéramos con un vestido de novia rojo, porque era lo que correspondía al ser casada y que su cuerpo estuviera apuntado hacia el sur.

—Y nos obligó a vestir a todos de blanco, prohibiéndonos utilizar el negro —dijo Alicia mientras daba un sorbo a su té.

—Recuerdo la conversación con papá donde le decía que ellas se querían mucho y le recordaba como a nuestra madre le hubiera gustado. Se lo pidió por todos los años que fielmente ha estado a nuestro servicio.

—¡Y papá no pudo negarse! —afirmó Javier.

—Ya lo has visto, ¿no? —exclamó Adrián.

—Bueno, ya sabemos el gran respeto que tenía mamá a todas esas creencias

que tiene Niraj —contestó Javier.

—No solo a las de Niraj; a las de todo el mundo —replicó Alicia.

Se formó un gran silencio, mientras cada uno de los hermanos recordaba otra vez a su madre.

Ya habían pasado dos semanas desde el funeral y Javier no podía quitarse esa sensación de dolor en el pecho.

—¡Buenos días, Javier!

—¡Buenos días, Niraj!

—Te traigo tu desayuno, como no has bajado con tu familia, he decidido subírtelo. ¿Hoy tampoco vas a ir a trabajar?

—No, Niraj, todavía no me encuentro con ánimos.

—Deberías pensarlo, ya sabes que han pasado dos semanas y, si sigues así, estás entorpeciendo el paso del alma de tu madre hacia su siguiente viaje.

—¡Ya volvemos con tus historias! —exclamó molesto Javier.

—Nosotros pensamos que la muerte no es un final.

—¡Ya, ya! Es el paso hacia un nuevo cuerpo.

—Y si ponemos tanto dolor ante su partida, el alma no se libera.

—¡No se puede discutir contigo! ¿La echas igual de menos que nosotros, verdad?

—Yo solo pretendo que tu madre se encuentre bien, por eso haré lo que esté en mis manos para que todos vuelvan a retomar sus vidas. Te dejo tu desayuno.

Retomar su vida, es cierto, tenía que hacerlo. Niraj tenía razón. Y eso implicaba volver a viajar a Madrid y cerrar los negocios que había pospuesto. También llamar a Elena. «¡Su teléfono!», pensó Javier. Se lo había puesto en la camisa, ¡¡¡no!!! Aquella noche fue cuando recibió la llamada de su hermano Adrián para darle la fatídica noticia de la muerte de su madre.

—No puede ser, no tengo ninguna dirección, nada —dijo en voz alta Javier, lamentando la pérdida de su teléfono. Aquella chica realmente le había fascinado.

—Alicia, ¿ya nos dejas?

Jacinto contempló las maletas de su sobrina en la entrada.

—Sí, tío. No tengo nada más que hacer aquí, mi trabajo me espera; ya lo he pospuesto mucho y hay gente que depende de mí.

—Todavía, después de tantos años, no entiendo esa dedicación que tienes por

ese trabajo y pasando necesidades. Sabes que nosotros estaríamos encantados de darte un gran puesto en nuestra empresa, tu empresa.

—No empieces, tío, ya lo hemos discutido muchas veces. Ayudar a toda esa gente me hace bien. Además es tu fundación.

—Sí, pero podrías estar en la sede, no en el centro de tanta pobreza. Alicia, ya han pasado muchos años, tienes derecho a intentar vivir tu vida y no desperdiciarla en vivir la de toda esa gente con tantos problemas y carencias.

—Por eso mismo, tío, esa vida con ellos es la que me da la fuerza y el coraje para seguir respirando. Con cada problema que les resuelvo siento que me estoy ayudando y limpiando yo misma.

—Sabes que tú no fuiste la culpable de todo lo que pasó.

—¿Tú crees, tío? Soy culpable de no hablar, porque mi propia familia, cuando descubrió la verdad, lo tapó, por vergüenza al qué dirán, al escándalo, y me obligó a callar. De eso soy culpable y todo ese remordimiento hace que mi vida sea tan difícil. Mi propia familia me destrozó mi adolescencia y me obligó a seguirlos a este país. Quisisteis escapar de la vergüenza que posiblemente explotaría en vuestras manos si nos quedábamos en España. Pero mis pesadillas y mi dolor siguen acompañándome, tío, a pesar de todo el tiempo que ha pasado. Por lo visto, parece que de los pocos que lo saben de esta familia, yo soy la única que lo recuerda.

—Todos intentamos olvidarlo Alicia —respondió Jacinto, apenado.

—Todo hubiera sido más fácil si no hubieras tapado lo que él hizo—contestó enojada Alicia.

—¿Cuándo te volveremos a ver?

—A estas alturas ya deberías saber que no me gusta estar mucho por aquí.

—Pero has venido otra vez.

—Lo hice por mi madre. Ella también estuvo engañada por vosotros todo este tiempo. También en cierta forma fue víctima, ¿no? De su propio hermano, de su marido y de él.

Alicia cogió sus maletas y se despidió con un frío adiós a su tío. Cerró la puerta mientras la mirada de Jacinto, triste y nostálgica, la seguía.

Capítulo 5

Cuando Elena se despertó, lo primero que hizo fue mirar su teléfono. Hoy era un día especial. Su primer cumpleaños en la capital. Cumplía veintidós años y, como se imaginaba, la primera felicitación era de su amiga Irene.

¡Felicidades, amiga!

Que este cumpleaños sea un recuerdo inolvidable en el cajón de tus grandes momentos.

Te quiere siempre:

Irene.

P.D:

Te paso a buscar a las 18:00 h.

Obligatorio traje de baño.

La mañana pasó casi sin darse cuenta. Tenía pocas horas para arreglarse.

—¡Traje de baño! —pensó Elena—. ¿Qué tendría preparado la loca de su amiga? Aunque viniendo de ella, cualquier cosa podría pasar —pensó sonriendo.

Abrió su armario y comenzó a elegir su traje de baño y la ropa que se iba a poner. En unos minutos, sobre su cama tenía esparcida gran parte de su guardarropa. Echó una última ojeada y al final se decidió a probarse un vestido verde que le dejaba su espalda al descubierto. Todavía nunca se lo había puesto, no había encontrado el momento adecuado para estrenarlo. Se miró en el espejo, la visión que le devolvía le otorgaba una gran satisfacción.

Decidió no recogerse el cabello y que su maquillaje fuera muy natural. Se subió a las sandalias de tacón alto y, mientras esperaba la llegada de su amiga, decidió preparar la tetera para cuando ella llegara tomar la infusión de frutas del bosque que a Irene tanto le apasionaba.

—¡Wau, nena! Si querías que todas las miradas fueran hoy para ti, lo has conseguido. Estás preciosa. Felicidades Elena. —Irene le brindó un profundo abrazo a su llegada.

—Gracias, Irene.

—Bueno, ¿estás lista para pasar un día inolvidable?

—Sí, pero antes déjame tomar algo contigo y así me cuentas qué tienes preparado.

—No, es una sorpresa.

—¡Vamos, si hasta te he preparado tu infusión favorita! ¿No me vas a adelantar algo?

—¿Tú realmente piensas que tus habilidades de persuasión van a funcionar conmigo? No me ofendas, tú, mi amiga del alma —dijo Irene intentando mostrarse molesta.

—¡Vamos...! —suplicó Elena.

—¿Por qué no sirves esa taza de infusión que huele tan rico?

—Cómo te gusta la intriga...

—Ni te imaginas —sonrió Irene.

Llevaban media hora en coche y aquello ya la estaba intrigando demasiado.

—¿Me vas a contar ya?!

—Tranquila. ¿La paciencia no es tu fuerte, amiga? Ya falta poco, una calle más y llegamos.

—Suponía que íbamos a cenar a un restaurante o algo así. ¿Qué hacemos en esta urbanización?

—Pues vamos a tu fiesta. Tu gran fiesta. Llegamos. ¿Preparada? —Irene aparcó y apagó su coche mientras observaba divertida a su amiga.

Cuando se bajaron, Elena contempló cómo su amiga se dirigía hacia una casa que tenía un cierre tan alto que no había visibilidad hacia el interior. Tocó el timbre y una verja se abrió, caminaron hacia la puerta principal. A medida que se iban aproximando se oía de fondo la melodía de una canción.

Somewhere over the rainbow

Way up high

There's a land that I Heard of

Once in a lullaby

Somewhere over the rainbow

Skies are blue...

Cuando Irene tocó el timbre, le abrió una chica que jamás había visto. Ataviada con un biquini de flores blancas y rosas y encima una falda como con hebras de finas pajas. Llevaba el pelo recogido y en un lateral una flor blanca, la misma que llevaba a modo de pulsera en su brazo izquierdo.

—Aloha —les dijo sonriendo mientras les ponía un collar de flores a las dos cuando atravesaron la puerta.

—Aloha —respondió Irene correspondiendo a su sonrisa —. Bienvenida a tu

fiesta, Elena, espero que la disfrutes, amiga —la cogió por el brazo y la guió hacia la zona trasera.

Elena, aún con la boca abierta en señal de asombro, le dio un abrazo, era increíble, su amiga había organizado una fiesta hawaiana, ¿desde cuándo estaría con los preparativos?

La mujer las condujo hacia una puerta que daba al jardín de la casa y donde ahora la música sonaba con más claridad.

—¡¡¡Aloha!!! —Prácticamente todos los amigos que había conocido desde el tiempo que llevaba en Madrid a través de Irene y de su trabajo estaban allí. Todos con vestimentas floreadas.

—¡Hola, chicos! Gracias por esto. Sin haber comenzado, estoy convencida de que será un día inolvidable. Gracias a todos.

El jardín no era muy grande. Tenía una piscina en el centro rodeada por unas cuantas tumbonas de madera y lámparas de colores, haciendo que fuera la parte más importante del lugar. En un rincón había una enorme barbacoa, donde un chico estaba distribuyendo la carne que iba a cocinar. También habían instalado farolillos de papel suspendidos por hilos que atravesaban una gran parte del recinto. Todo decorado con motivos florales y en una mesa de piedra había gran variedad de brochetas de fruta pinchadas en piñas y melones previamente vaciados para ser decorados. Los centros de mesa eran solo de frutas frescas y cocos.

En la barra de bebidas había gran variedad de sorbetes, piñas coladas y cócteles hawaianos como el *Maitai* y el *Blue Hawaii*, compuestos principalmente de ron y frutas tropicales y, por supuesto, la música que salía de los altavoces era típica hawaiana.

Cada invitado que llegaba a la casa era recibido con un collar de flores de colores. Todos lucían sus trajes de baño con estampados florales muy coloridos.

La animadora de la fiesta llamó para bailar el baile del *hula*, todos intentaban seguir las instrucciones que ella daba.

—Imaginémonos que nuestro cuerpo es una rama y que el brazo que movemos es el movimiento de la extensión de una de sus hojas, que con el viento que viene y va se mueve lentamente. Y ahora cambiamos de brazo. Doblamos las rodillas ligeramente, levantando los talones levemente y damos un paso a la derecha y cambiamos. Y repetimos desde el inicio.

El ambiente se mezclaba con las notas musicales y las carcajadas de la gente.

Todos estaban disfrutando enormemente.

Irene fue la primera que quiso probar a jugar al limbo. Consistía en pasar bajo una barra flexionando las piernas sin caerse y, cada vez, la barra se iba bajando haciendo más difícil el juego.

Fueron pasando las horas y, cuando la luz solar se apagó, todo el jardín se iluminó por las antorchas distribuidas alrededor del jardín.

De repente la música dejó de sonar y todos comenzaron a cantar el *cumpleaños feliz* a Elena. La emoción se hacía palpable en su cara, cuando tuvo la tarta delante cerró los ojos y pensó: «Que este año sea igual de maravilloso que esta fiesta». Sopló y, cuando volvió a abrir los ojos, delante de ella sonriéndole estaba Fabián.

Se acercó a ella y le dio dos besos.

—¡Felicidades! Por lo menos he podido llegar a tiempo; al momento más importante de la fiesta.

—Gracias Fabián, no te esperaba.

—No podía faltar —le contestó con una dulce sonrisa—. Sin duda una gran fiesta; tu amiga se lo sabe montar muy bien.

—La mejor fiesta que he tenido y ella la mejor amiga —le contestó Elena mientras le miraba a los ojos.

Todos volvieron a la piscina y a bailar. La noche prometía ser muy larga y los cócteles que se estaban tomando parecía que en más de uno comenzaban a hacer sus efectos.

—Te he traído algo. —Fabián metió la mano en el bolsillo de su bañador y sacó una cajita y se la ofreció a Elena. Cuando la abrió se quedó mirándola asombrada produciéndose un pequeño silencio.

—Gracias Fabián, es preciosa.

—Permíteme. —Él le cogió su mano izquierda y sacó de la caja la pulsera que entrelazaban dos cadenas como si fueran en oro amarillo y blanco que se unían en dos mitades de corazones—. Espero que alguna vez estas dos mitades simbolicen los nuestros, que se unen para siempre. —Sus miradas se unieron en silencio hasta que Irene los llamó para ofrecerles una copa.

—No podía permitir que te fueras con tu amiga, además, todavía tengo algo que enseñarte.

—¿A mí?

—¿A quién si no? Tómallo como otro regalo de cumpleaños, pero antes...

Elena miró el pañuelo que Fabián sacó de la guantera del coche.

—¿Confías en mí, no?. —Ella asintió mientras Fabián se acercó a ella para taparle los ojos.

—Espero que merezca la pena.

—Estoy seguro de que te va encantar.

De repente el coche y el ruido del motor se pararon. Elena oyó cómo la puerta de él se abría y cómo al poco rato se abría la suya.

—¿Me permites guiarte? —Oyó mientras la mano de Fabián cogía la suya.

Cuando dieron varios pasos, Fabián le quitó su pañuelo, no sin antes advertirla de que no abriera todavía los ojos.

—Ya puedes abrirlos.

¡Todo estaba iluminado! Se encontraban en una cima y allí abajo todo eran luces.

—Es tu ciudad. Aquí siempre suelo venir para pensar y purificarme cuando tengo un día complicado, quería compartirlo contigo. ¿Te gusta?

—Sin duda, el broche de oro para este día. ¡Me encanta!

—A mí me encantas tú. Jamás pensé que aquel día en que te conocí, llegaras a ser tan importante para mí. Que esa chica malhumorada y gritona que invistió su carro de limpieza contra mí, estaría conmigo aquí, en este lugar.

—Sí, estoy de acuerdo, no fue ni se acerca a un momento muy agradable.

Los dos se miraron y se rieron recordando aquel día.

—¡Y mira que me costó hacerme tu amigo! No me lo pusiste nada fácil.

—Oye, es que tu actitud era bastante prepotente y arrogante

Los minutos pasaron recordando los momentos desde que se habían conocido, cuando Fabián le abrió la puerta de su coche para que subiera. Sus ojos volvieron a encontrarse y sin darse cuenta sus labios se estaban besando apasionadamente.

Aquella noche, sin duda, sería para recordar algo más que la fiesta de cumpleaños que su amiga había organizado. Los dos recordarían la unión de sus almas en aquel maravilloso lugar que ya no solo le pertenecía a Fabián.

Aquella mañana, cuando Elena se despertó, se sintió confusa. Cuando permitió que la luz solar entrara poco a poco en sus retinas y pudo mirar a su alrededor, recordó que aquel no era su estudio. Recapituló en su aturdimiento por quizás alguna copa de más, que estaba en el piso de Fabián. Y en sus recuerdos brotó

una sonrisa, se escondió con las sábanas hasta la cabeza. Cuando se serenó volvió a asomar su cabeza para esta vez dar un vistazo al apartamento, pero él no estaba. Al otro lado de la cama había una nota y una preciosa rosa roja. La tomó en sus manos y la acercó para sentir su aroma. Cogió la nota y comenzó a leer.

Estoy en el trabajo,
pero no sé si podré concentrarme,
recordando todavía tus besos.

Fabián.

¡Menos mal que había cambiado el turno de ese día con una compañera! Se vistió con rapidez y buscó su teléfono en el bolso que le llevó unos minutos encontrar.

—Irene, te invito a comer en una hora.

—¡Buenos días!

—Tengo muchas cosas que contarte de anoche.

—De acuerdo, en el lugar de siempre. Por ese tono en tu voz presiento que la conversación promete.

Llevaba poco tiempo viviendo en Madrid, pero Irene le había contagiado su entusiasmo por los lugares más mágicos de la ciudad. El Jardín Secreto era, sin duda, uno de ellos.

Cuando llegó a la calle Conde Duque y su taxi la paró en la esquina del local, su mirada, como cada vez que había llegado hasta allí, se iba hacia las puertas de color azul celeste compaginado con aquellos azules totalmente asimétricos uno de otro. Cuando contemplaba la fachada de aquella cafetería, siempre sentía que se iba adentrar en un mundo de ensueño, cálido. De todos los lugares que hasta ahora había visitado este era sin duda mágico. Al abrir sus puertas y observar su luz y su decoración, se transportaba a otro lugar.

Aquella mañana no tuvo que esperar demasiado para conseguir una mesa. Se sentó al lado de la ventana y, mientras esperaba, observó los objetos que colgaban en el techo, estrellas en un rincón y en otro teteras que iluminaban y, a su alrededor, platos y tazas de café. Cada cierto tiempo cambiaban la decoración, por eso nunca se sabía si uno se iba a encontrar lo mismo en su siguiente visita. En parte ese era su encanto.

Cuando el camarero se acercó, decidió pedir una copa de vino mientras esperaba a su amiga. Diez minutos después de su llegada, distinguió, entre un grupo de gente que entraba en el restaurante, a Irene, vestida con un traje de

falda blanco y con encaje. Llevaba el pelo recogido y lucía una blusa con un amplio escote. Admiraba esa agraciada elegancia y la seguridad que siempre desprendía.

Llevaba ya tres años trabajando en una empresa de viajes. Era una trabajadora incansable y, en su puesto de acompañante turístico, disfrutaba de su gran don: atender y hacer disfrutar a los turistas de unos días inolvidables en la ciudad. El hotel donde Elena trabajaba tenía acuerdo con su agencia, por lo que siempre estaban en contacto.

La elaboración de su cumpleaños había dejado con nota bien alta la capacidad de organización y gestión de eventos que tenía su amiga.

—Si no fuera por mi gran defecto que soy incapaz de corregir, te lo juro, Elena, hoy a tu invitación le hubiera dicho no. —Su amiga se levantó para saludarla con dos besos—. —¡Ha sido un día horrible, amiga! He tenido un grupo de japoneses y estoy saturada de tantos flashes y cámaras de fotos por todas partes.

—Unido a la gran cantidad de cócteles que tu cuerpo tuvo que asimilar ayer...

—Sí, necesito un par de días para recuperarme —comentó Irene, desolada.

El camarero que anteriormente había atendido a Elena se acercó a su mesa para ofrecerles la carta.

—Irene, tengo que agradecerte de nuevo la fiesta de ayer, me has sorprendido una vez más.

—Nada de agradecimientos. Te lo he puesto difícil para la celebración del mío. Aunque tú tienes todavía por delante casi seis meses para prepararlo. ¡Juegas con ventaja!

Cuando comenzaron a degustar su *risotto* de setas, Elena, un poco azorada, soltó sus palabras.

—Me pasé toda la noche con Fabián y esta mañana amanecí en su apartamento.

—¡Lo sabía! Si ya te lo decía yo que esas peleas eran pura fachada. Si la química entre vosotros se nota...

—¡Qué dices, Irene! ¿No entiendes? Esto no entra en mis planes.

—Bueno, mientras encuentras al hombre que entre en tus planes puedes darle un poco de fiesta al cuerpo.

—El problema que ayer fue algo maravilloso, me hizo sentir que él era lo que siempre he buscado

Irene comenzó a toser como si las setas del *risotto* se hubieran quedado atrapadas en su garganta.

—Amiga, estás en problemas y si le añades lo guapo que es, no creo que puedas quitártelo de encima tan fácil. Necesito una dosis de esos deliciosos postres de chocolate que sirven aquí.

Cogió la carta de postres y comenzó a pedirle al camarero.

—*Muerte por chocolate* para ti, Elena, y para mí el *Orgasmo por chocolate*, ya que, tú ayer, seguro has tenido unos cuantos, ¿no?

—Eres increíble, de todo consigues sacar esa cantidad justa de ingeniosidad.

Capítulo 6

—¿Tya, has conseguido localizar al Sr. Núñez?

—No, señor, por la diferencia horaria aún no he hecho la llamada, cuando la tenga se la paso.

—De acuerdo.

Javier se recostó en su sillón maldiciendo el fastidioso cambio de hora que siempre le entorpecía adelantar su trabajo. Intentó relajar su mente y se acercó al ventanal de su oficina para contemplar la fantástica vista que esta le otorgaba. Hacía ya cinco años que su tío le había dado el voto de confianza para ocupar la vicepresidencia de la empresa y en todo ese tiempo había demostrado sus habilidades para su cargo. Su padre había decidido retirarse y apoyar a su cuñado Jacinto para ocupar la vacante que dejaba. Esa decisión había creado todavía más distanciamiento con su hermano Adrián, que no entendía cómo, siendo el hijo primogénito, lo desplazaran a un lado. El sonido del teléfono lo sacó de sus pensamientos. Se acercó a su mesa y tocó el botón para escuchar el mensaje de su secretaria.

—Señor, tengo la llamada que estaba esperando en línea.

—Gracias, Tya, pásamela.

—¡Buenos días, Carlos! ¿Cómo te va? Te llamaba por los problemas que hemos tenido en el último pedido.

—Supongo, Javier, que llegará a tiempo. Ya sabes que necesitamos esas telas para comenzar a realizar nuestra nueva colección.

—No te preocupes. Son muchos los años ya trabajando con nosotros y nunca hemos tenido ningún problema.

—Espero que no empiecen ahora, como sabes esta temporada queremos llegar a ser los primeros, nos estamos jugando mucho.

—Lo sé y no quiero que te preocupes. El pedido va a llegar en el día previsto. Por cierto, recuerda que el mes que viene estaré viajando por ahí.

—Avísame unos días antes para organizar mi agenda.

—Mi secretaria te llamará, Carlos. —Colgó la llamada y revisó el informe trimestral de ventas con semblante de preocupación.

—¿Tya, sabes si está ocupado mi tío?

—D. Jacinto está en la sala de reuniones hablando con su padre, señor.

Javier cogió su informe extrañado de que ellos no estuvieran en la oficina de su tío, recorrió el largo pasillo hacia la sala de reuniones.

Cuando estaba a punto de tocar a la puerta, contempló que esta estaba ligeramente entreabierta y algo hizo que se quedara allí, sigiloso, escuchando lo que ellos hablaban.

—Todavía no puedo creerlo, Gonzalo. ¡Un infarto provocado por nuestra culpa! Era mi hermana, joder. Si hubiera descubierto la verdad desde un principio, hoy las cosas seguro serían diferentes.

—Pero nosotros no fuimos capaces de hablarle de todo lo que pasó hace ya tantos años.

—Tú me convenciste de que sería mejor ocultarle la verdad.

—¿Y qué piensas que haría cuando descubriera lo que hizo su hijo? ¡Eso es algo muy duro para una madre!

—Sabes que a Javier lo quiero como a un hijo y siempre lo voy a proteger —añadió Jacinto—. Haber venido para este país al final ha sido la mejor decisión que has podido tomar.

—Sí, aunque en el camino hayan caído personas inocentes para tapar nuestra vergüenza. Todavía hay noches que la culpa me acompaña, cuñado.

—Eso es algo que nos seguirá siempre, ni la distancia nos lo ha permitido borrar.

Javier sintió que el pánico se apoderaba de su cuerpo, que lo había inmovilizado en aquel lugar tan cercano y a la vez tan lejano de ellos. ¡No podía ser! Su madre lo había descubierto y ese motivo era la razón de aquel infarto fulminante.

Retrocedió sobre sus pasos y cuando pasó por delante de la mesa de su secretaria se paró.

—Tya, me ha surgido un imprevisto. Dile a mi tío que mañana repasamos el informe trimestral. Yo ahora tengo que salir.

Entró rápidamente en su oficina sin dar tiempo a que su secretaria contestara, dejó los papeles que tenía en su mano sobre su mesa y se dispuso a salir de aquel lugar. Necesitaba aire, sentía que le faltaba.

Capítulo 7

Ya habían pasado varias semanas desde que Elena y Fabián habían decidido dejarse llevar por el sentimiento que afloraba cada vez que estaban juntos. Era una sensación que Elena nunca antes había sentido, la cual le daba mucho miedo. Sentía que junto a él se hacía vulnerable y ella no podía permitirse sentirse débil.

Hacia años había descubierto que la coraza que le ponía a su cuerpo de frialdad le permitía sentir menos dolor y, lo más importante, hacía que la gente no fuera tan cercana a ella.

Sentada en el parque cercano a su lugar de trabajo, Elena le contaba a su amiga sus inquietudes.

—Me siento en una montaña rusa, Irene, esa sensación de no saber qué va a pasar; de miedo; porque estar con Fabián me hace sentir desnuda. ¡Ha llegado a leer tan bien mis silencios, mis gestos...! Siento que a veces solo una mirada nuestra dice más que todo lo que nos podamos decir con palabras.

—¡Ay, amiga! Lo que pasa, es que has encontrado a la persona que se acopla perfectamente a ti.

—Pero tú sabes que esto no estaba en mis planes, yo aspiro a otra cosa.

—Tienes demasiado miedo a ser lastimada. ¿Recuerdas nuestra promesa de hace unos años?

Elena la contempló y su mente recordó aquella angustiada noche en la que su amiga llegó a casa con el semblante en blanco. Aquella noche en la que le confesó cómo unos tipos estuvieron a punto de abusar de ella en los baños de la fiesta a la que asistía. Si no hubiera sido por la gran fortuna que tuvo en su tragedia, el recuerdo hubiera sido muy diferente.

—Aquel grupo de chicas que entró haciendo que perdieran por unos segundos su atención en mí, fue mi salvación. Todavía siento el miedo por todo mi cuerpo. No sé cómo saqué la fuerza para golpear la entrepierna del que tapaba mi boca y gritar.

—Desde aquella noche nos prometimos ser fuertes, apoyarnos siempre y no permitir que ningún hombre nos lastimara —añadió Elena.

—Y ahora aparece en tu vida un chico que te desbarata tu coraza por completo, todas las metas que te has propuesto alcanzar.

—Sí, un hombre que me ha hecho pasar las mejores semanas de mi vida...

—Pero para ti el amor no es suficiente, y él sólo te puede ofrecer eso.

Sus miradas miraban a lo lejos como si no tuvieran respuestas. Solo el silencio de sus corazones, llenos de tantos recuerdos que no querían ser despertados.

Capítulo 8

—¡No puede ser! ¡Qué suerte la mía!

Javier se bajó de su taxi sintiendo cómo su sangre bombeaba a más revoluciones por minuto de lo que soportaría. Estaba colérico. Aquella mañana nada podía ya salir peor de lo que había comenzado.

Tya no había podido reservar habitación en su hotel de siempre porque esa semana Madrid estaba desbordado de gente por motivo de su celebración de la marcha del orgullo gay. «¡¡¡Orgullo gay!!!», y a él le había tocado estar ahí, viéndolo en primera persona, él, que siempre había detestado todo ese mundo. Y si eso no hubiera sido suficiente, la compañía de su vuelo había perdido sus maletas. Las había enviado al sur de Italia, por lo que tenía que salir a comprar algo de ropa y adentrarse en las calles de Madrid. ¿Qué más podía pasar hoy?

Estaba acostumbrado a su hotel de siempre y se sintió extraño cuando cruzó la puerta de su habitación. Inspeccionó rápidamente el lugar que durante dos semanas sería su estancia y suspiró con resignación. Sacó su teléfono y repasó su agenda. Hasta mañana a primera hora no tenía reunión con su cliente Carlos Estévez, por lo que tenía toda la tarde para hacer sus compras y descansar.

Dejó su carpeta y su portátil sobre la mesa de su habitación. Miró su reloj y calculó el cambio de horario, decidió pedir un taxi para cuanto antes comprar lo imprescindible; así podría descansar.

Madrid era un caos de gente, aquello parecía una fiesta de carnaval, siempre le había encantado volver a su tierra pero hoy entre la multitud sentía que echaba en falta estar en Bangladesh que prácticamente lo había visto crecer.

Aquel no era el Madrid al que venía siempre y lo recargaba de energía. Él iba al revés del mundo, la gente visitaba Asia para descubrir un nuevo sentido a su vida; sin embargo, su energía se renovaba cada vez que pisaba la tierra de la capital.

Hizo sus compras rápidamente y, en menos de dos horas, ya estaba en la recepción del hotel ordenando que le sirvieran algo de comer y que se lo llevaran a su habitación. Hoy todos los lugares estaban demasiado llenos y necesitaba un poco de tranquilidad.

Cuando llamaron a la puerta de su habitación, se encontraba a punto de entrar a la ducha, se puso una toalla para abrir y, sin mirar al que traía su comida, se dirigió al baño.

Sentir el agua que caía por su cuerpo fue relajante y, en los cinco minutos que duró, sintió que se había desvanecido todo aquel horrible día y que mañana todo iría mucho mejor.

Capítulo 9

—Tya, si no quieres que a mi vuelta tome medidas contigo, haz que esas maletas lleguen a mi hotel como muy tarde mañana. Bastante tengo con el cambio de hotel.

—Sí, señor.

Colgó su teléfono y decidió tranquilizarse, era todavía muy temprano para arruinar su día. Terminó su desayuno y se encaminó a reunirse con Carlos Estévez; hoy tenía que renovar un contrato con él, era un cliente muy importante al que su empresa no podía perder.

Decidió repasar los gráficos de camino a su reunión, abrió su maletín, pero ahí no estaba.

—Dé la vuelta, necesito regresar al hotel. —¿Cómo se le había podido olvidar? —. Espere aquí, no tardo.

Subió corriendo a su habitación sin percibir que el servicio de limpieza se encontraba en ella.

—Disculpe, ¿no ha visto un portátil por aquí? —señaló la mesita de noche.

—Buenos días, señor. Sí, lo he puesto en la mesita que está al lado del sofá — dijo Elena mientras dejaba las sábanas encima de la cama y se daba la vuelta para acercárselo. Cuando lo cogió y se lo entregó sus manos se rozaron y fue cuando sus miradas se cruzaron.

—¿¡Tú!?! —Los dos al unísono exclamaron asombrados.

—Mira, ahora no puedo quedarme, tengo una reunión muy importante, pero cuando regrese necesito hablar contigo. ¿De acuerdo, Elena? —Le cogió su mano y se la besó a modo de adiós. No le dio tiempo a responder. Cuando pudo reaccionar ya había salido por la puerta y la había cerrado tras él.

«¿Qué había sido eso?» Una ilusión o una broma que esa mañana el destino le tenía preparado. Era ese mismo chico que apenas dos meses atrás le hizo esperar una llamada suya por días y que nunca sucedió. Pero ahora, como si Madrid fuera un lugar diminuto, estaba en el hotel donde trabajaba y lo más asombroso: ¡se acordaba de ella!

Temblorosa, cogió su teléfono y marcó a Irene.

—¡No puedes imaginar lo que me acaba de pasar!

—Pues intuyo que algo bien grave, para que me estés llamando en horas de

trabajo.

—Gravísimo... está aquí.

—¿Quién? —preguntó su amiga entre asustada e intrigada.

—No te lo puedes ni imaginar.

—Ten por seguro que no tengo ni idea, pero como no me lo cuentes ya, me vas a preocupar.

—Javier, el chico de...

—¿¡Javier!?! ¿El chico que nunca llamó? ¿Ahí en tu hotel? —le cortó Irene con un grito.

—El mismo. Y quiere hablar conmigo, Elena —dijo asustada.

—¿Pero se acordó de ti?

—Totalmente, hasta se acordaba de mi nombre.

—Bueno, amiga, yo no rechazaría esa conversación.

—¿Tú crees?

—Por favor, en el hotel donde trabajas te lo encuentras después de estos meses, es una gran casualidad, no la desperdicies.

—Gracias, amiga.

—Suerte.

Capítulo 10

Elena miró su reloj y se sintió defraudada una vez más. Otra vez él había olvidado su cita.

Después de cinco años y de haber construido una vida a su lado, cada parte de su cuerpo sentía que su mundo se estaba desquebrajando. Algo estaba pasando que ella no podía controlar y eso le hacía aflorar el miedo, un sentimiento que en ella era nuevo, porque había sido muy valiente al haber tomado la decisión de dejarlo todo atrás.

Javier le había hecho acostumbrarse cada día más a él. Había conseguido que el mundo que le había descubierto fuera indispensable para ella. Todo lo que siempre había anhelado ahora lo tenía a sus pies. Todo lo que al principio fue añorado por ella, él consiguió llenarlo con sus atenciones en un mundo repleto de opulencia. Pero llevaba un tiempo que sentía que todo eso ya no le era suficiente, Comenzaba a sufrir la soledad y su mente experimentaba la culpabilidad por el sentimiento de la traición que le había hecho a Fabián. ¡No, a él no!, no podía ya negárselo. Ellos le ofrecían dos mundos totalmente diferentes y el tiempo le estaba enseñando que esa deslealtad no fue a Fabián, sino a ella misma.

Javier la deslumbró en su reencuentro en Madrid con cada detalle que parecía estar calculado con antelación y con Fabián, aunque su presencia le hacía sentir llena, cuando llegaba a su estudio lamentaba que esa no era la vida que ella se merecía. Y ahora la vida que había elegido comenzaba a dejarle vacíos, una angustia que Javier con sus ausencias hacía más grande.

Terminó de tomar su té y abandonó el lujoso restaurante adentrándose en las calles de la ciudad sin rumbo fijo.

No sabía cuánto tiempo había pasado entre la gran multitud y el ruido de la gente y coches que parecían que estaban compitiendo entre ellos para demostrar cuál podía ir más rápido.

Todavía no había podido acostumbrarse a la dificultad de andar por aquellas calles, tan desiguales y con gran ausencia de aceras. Andar a pie agotaba, sin duda.

Daca era una ciudad de numerosos contrastes entre lo viejo y lo nuevo, entre lo moderno y lo tradicional. Era muy común ver a las mujeres con vestimentas occidentales o ataviadas con sus tradicionales saris.

Aquella ciudad era un ruido y una contaminación constante y, sin duda, uno tenía que agilizar la habilidad para no estar tropezando con todo. Pero ese día Elena, como una total autómatas, había despejado todos los obstáculos y vehículos en su odisea de ir a pie. Cuando se dio cuenta, ya estaba a orillas del río Buriganga.

Se quedó largo rato contemplando la agitada vida de la gente que subía a sus pequeños barcos de madera. En esas aguas la vida era igual de agitada que en tierra firme, mientras en una orilla un grupo de mujeres cogía en sus recipientes agua. Todavía no entendía qué utilidad le daban, porque aquellas aguas, sin duda, no eran aptas para su consumo.

Elena volvió a sus pensamientos, preguntándose si lo que le estaba pasando era que todavía no había podido asimilar su nuevo mundo o si realmente lo que estaba buscando cuando tomó su decisión todavía no se había convertido en realidad. Quizás había sido tan solo una vaga ilusión, que apenas alcanzó a durar cinco años. —¡No más!, dijo furiosa. Hoy ya no era capaz de seguir intentando enfrentar la realidad. El aire pesaba esa tarde más de lo habitual.

Javier volvió a sacar del sobre la nota anónima que un mensajero había hecho llegar a su oficina:

El pasado siempre te perseguirá, por muchos kilómetros que tu familia ponga encima.

Aquellas palabras retumbaban en su cabeza como una pesadilla de la que no podía despertar. ¿Quién le estaba haciendo esto? Con los años, habían conseguido que su nombre fuera muy respetado. ¿Quién era capaz de atreverse a meterse con ellos? Tantos años escapando y ocultando ese pasado y ahora existía alguien en el anonimato que claramente lo sabía. ¿Esto sería el principio de un chantaje?

Tenía que hacer algo, pero, ¿por dónde comenzar? No podía contarle a su padre y menos a su tío que llevaba varios meses sintiéndose mal, esto tenía que solucionarlo él solo.

¡No podía estar pasándole esto ahora! Su calma se estaba rompiendo, entre la salud de su tío que tanto le preocupaba y ahora el pasado que, después de tanto tiempo oculto, acechaba de nuevo.

Cuando llegó a casa su mujer estaba en la habitación envuelta en su albornoz, ojeando una revista de decoración.

—¿No te vas a preparar para la cena? —preguntó Javier.

—No tengo hambre, comí tarde y estoy agotada de estar esperándote hasta el cansancio a que llegaras pero...

—No tengo ánimos de escuchar tus reproches. Llevo dos semanas muy difíciles y lo que menos quiero al llegar a casa es esto —le cortó Javier rotundamente.

—Si tú volvieras a ser el mismo de siempre, quizás todo sería muy distinto.

—¡He dicho que no tengo ánimos de escucharte! Me da igual lo cansada que estés, te quiero lista para cenar con todos, ¿de acuerdo?—Cerró tan bruscamente la puerta cuando se alejó que Elena se estremeció con el fuerte ruido. Llevaba muchos días alterado y estaba descubriendo a un Javier que no conocía y que en más de una ocasión le hacía sentir miedo.

Capítulo 11

Cuando Elena se despertó a la mañana siguiente, una sensación de vacío le acompañaba. Ni en sus primeros días, cuando llegó a esa casa, se había sentido así. Jamás se hubiera imaginado que, después de cinco años, se sentiría fuera de lugar, en lo que pensaba que ahora era su hogar. Consideraba que había conseguido formar lo que siempre había soñado, pero esa perfección poco a poco descubría que se estaba fracturando y que a miles de kilómetros había abandonado un mundo que ahora anhelaba asiduamente. En todos esos años, Javier había logrado persuadirla de que lo mejor era romper los lazos con Irene, porque cada vez que hablaba con ella se ponía demasiado melancólica y tardaba en recuperar su alegría. Por lo que las noticias de Fabián ahora también eran nulas. Javier le manifestaba hasta el cansancio que tenía que comenzar a integrarse en su nueva vida. Que si el pasado llamaba a su puerta cada semana, no podría ser feliz; hasta tal punto fue su insistencia que al final Elena entendió que su marido tenía razón. Poco a poco fue retrasando esas llamadas hasta que dejaron de realizarse. Elena pensaba que él tenía razón; cuando viajaran, el reencuentro sería más intenso. Lo que Javier ni llegaba a imaginarse es que su tristeza no era por la ausencia de su amistad con Irene si no por las noticias que esta le daba de Fabián. Oír que él estaba en un estado de destrucción, que no podía olvidarla y que ese dolor llevaba su nombre, le hacía sentir despreciable. Ella había decidido soltar su mano y ahora, más que nunca, esa decisión ejercía un peso demasiado grande para soportarlo.

Terminó de vestirse y bajó a la cocina para desayunar. Cada mañana, si se despertaba más temprano de lo que acostumbraba y se adelantaba a que Niraj le subiera su desayuno, ella aprovechaba a tomarlo en la cocina.

Aunque sabía que era algo que le molestaba a Javier, aprovechaba que ellos estaban adaptados a levantarse tan temprano que ese era uno de los pocos momentos del día que raramente coincidía con ellos. Por eso cuando la sirvienta Niraj al principio le aconsejaba que la cocina no era el mejor lugar para que ella desayunara, Elena le recordaba que ya todos estaban en su trabajo y que, por favor, hicieran de eso su secreto. Cuando tenía esos momentos, Elena sentía que seguía siendo la chica que vivía en un pequeño estudio en Madrid. Le reconfortaba esa sensación de libertad, libre de las miradas de su suegro y del tío de Javier. Desde el primer momento, se sintió demasiado observada por todos ellos. Nadie podía quitarle la sensación de que pensaban que era una oportunista

y, en cierta forma, eso era lo que era porque, sin nadie saber de ella, Javier llegó un día de uno de sus viajes con una total desconocida, presentándola como su mujer. Lógico que, ante su familia, fuera vista de ese modo. Su tío era el que más dolido se hacía ver. Elena, tiempo más tarde, se enteraría de que Javier era su sobrino consentido y que su mayor ilusión había sido llevarlo al altar, lo consideraba como su propio hijo y él le había quitado ese sueño.

—Señora Elena, ¡Buenos días! —Elena se sobresaltó por estar absorta en sus pensamientos.

—¡Buenos días, Niraj!

—Iba a subirle su desayuno ahora, una vez más se me ha adelantado.

—Hoy no he podido dormir muy bien, me desperté más temprano Niraj—dijo Elena mientras se comía los trozos de fruta de su plato.

—¿Hoy comerá en casa, señora?

—No lo sé todavía, no he hablado con Javier esta mañana.

—Todos ellos me han avisado de que lo harán fuera porque tenían una comida de negocios. Yo le puedo dejar preparado algo, señora. Le pedí a don Gonzalo la tarde libre porque es la fiesta de compromiso de mi sobrina Alisha.

—No te preocupes por mí, yo si me quedo en casa, me preparo cualquier cosa.

—¡Cómo se le ocurre! —dijo en tono horrorizado Niraj—. ¿Usted todavía no ha estado en ninguna de nuestras bodas, verdad?, ¿Le gustaría acompañarme?

—Me encantaría ver una, claro que sí, pero eso suena una ceremonia muy familiar.

—No se preocupe, será muy bien recibida y seguro le encantará.

—Yo tengo que terminar de preparar unos dulces. Cuando tenga todo listo, la aviso.

—¡Me encantaría ayudarte, Niraj! —Elena no dejó que su sirvienta le reprochara—. Hoy no tengo nada mejor que hacer y me encantaría aprender a hacer algunas de esas delicias tuyas.

—Muy bien, señora —sonrió Niraj.

La mañana había pasado tan rápido y había sido tan amena que Elena se había olvidado por horas de esa sensación con la que había amanecido.

Niraj era una mujer muy especial y la dulzura que desprendía cuando hablaba o cuando la contemplabas hacer sus tareas hacía que uno se quedara observándola por un tiempo largo absorto en sus movimientos. Toda su presencia desprendía

una gran sensación de sabiduría. Ahora comprendía por qué era tan querida en esa casa, les otorgaba la paz que todas las personas que vivían allí tanto necesitaban porque, aunque no sabía nada de sus vidas, intuía que esa familia vivía en numerosos tormentos y ella era como una luz para todos ellos.

—La verdad, Niraj, es que he comido más dulces de los que te he ayudado a preparar —sonrió Elena mientras envolvía las numerosas bandejas repletos de aquellos manjares.

—Todo el mundo que prueba por primera vez nuestros postres comenta que les resultan tan aditivos que les cuesta parar.

—¡Doy fe de ello! —sonrió Elena mientras terminaba de comer uno de ellos y metía uno a uno de sus dedos en su boca, limpiando cualquier resto que quedara en ellos—. Además, tengo que confesar que la primera vez que los vi, no tenía muy claro cómo comerlos. Nosotros utilizamos mucho el horno para cocinarlos y vosotros casi no lo hacéis.

—A la madre de Javier le gustaba mucho hacer dulces y me enseñó a elaborar alguno de su tierra. Aunque desde que se fue, en esta casa no se han vuelto hacer. Si usted quiere un día, puedo hacerle alguno, señora.

—¿Cómo era ella, Niraj?

—¡Huy, señora! ¿Qué podría decirle? Ella era el alma de esta casa. Desde que no está, todo ha cambiado, cada uno va por su lado. Era una gran señora.

—Me hubiera gustado haberla conocido.

—Estoy convencida de que hubieran sido grandes amigas. —Elena se la imaginó en su mente y anheló su presencia también. Ayudó a Niraj a llevar el colorido de las bandejas al coche que Ravi iba a conducir.

Durante el camino, Niraj le fue contando detalles de la ceremonia. Fue cuando Elena se enteró de que a lo que iban hoy no era el día de la boda, sino la fiesta de compromiso. Según las explicaciones que le había dado, ahora comprendía que una boda allí no era una unión de una pareja, sino también de las familias, es más, ellas eran las que arreglaban los matrimonios en su mayoría y no los novios. Y a lo que asistían hoy era al intercambio de anillos por parte de los novios, lo que simbolizaba que ambas familias aceptaban el matrimonio.

La fiesta se celebraba en la casa de la novia. Cuando llegaron, Elena ayudó a dejar todos los dulces. Era una casa bastante humilde, con un pequeño patio en la parte de atrás. Elena se sorprendió de la amabilidad que todos ofrecían. Tardó muy poco en sentirse parte del evento. No quiso perder ningún detalle,

contemplaba la ofrenda de regalos que la familia de la novia les hacía a los prometidos, en su mayoría joyas, aunque también había dinero. Niraj le iba explicando que esas joyas tenían que ser utilizadas por la novia en el día de la boda. Elena se asustó al imaginarse a esa pobre chica con todo eso puesto.

—¡Dios mío! —exclamó—. La sencillez aquí no la conocen.

—Antes de esta celebración hay otra, señora. Hay una donde la novia y las mujeres de ambas familias se reúnen y celebran. También pintan las manos, brazos y pies con una pasta preparada con polvo de cúrcuma y sándalo o henna.

—¡Sí, alguna vez lo he visto! Es como nuestra despedida de soltera pero sin pinturas, claro. Tenéis un enorme ritual y tradiciones, sin duda, creo que nadie lo puede superar —susurró a Niraj.

Estaba tan agotada de aquel día tan intenso que, de regreso a casa, no pudo evitar dormirse en todo el trayecto. Había sido un día muy diferente y liberador.

Capítulo 12

Javier se bajó del colorido *rickshaw* que le llevó al restaurante Monster Meat.

Miró el papel donde había anotado la dirección: house-180, Road-2. Era un lugar discreto, donde, como era normal en ese país, había numerosas obras en la calle y los coches que no estaban aparcados en las escasas aceras, iban de un lugar a otro descontroladamente. Miró la entrada del restaurante. A simple vista parecía un sencillo edificio de apartamentos. Dos puertas de metal dejaban ver en la planta baja la entrada de un parking y el resto del edificio de dos alturas. Sobresalían unos pequeños balcones de forma ovalada. En el segundo piso alguien había aprovechado las barandillas y rendijas de estos para disponer un tendedero de ropa improvisado.

Cuando entró, miró a la mesa que por teléfono le había indicado Narayan Sekhon. Según los informes que le habían dado, él era el detective privado más audaz de Daca. Tenía fama por su gran discreción y de ser implacable en sus métodos para conseguir la información.

Lo observó unos minutos antes de acercarse. Era un hombre de unos cuarenta años, con una barba descuidada. Sus ropas tampoco parecía que hubieran sido elegidas con mucho esmero. «¡Por el salario que cobra, ya podría cuidar más su aspecto!», pensó Javier. Se acercó al hombre que estaba comiendo su gran hamburguesa y se presentó.

—Buenas tarde, soy Javier Álvarez —dijo mientras extendía su mano.

—¡Ah! ¡Qué puntual! —contestó el detective mientras cogía una servilleta para limpiarse las manos. Se levantó y le extendió su mano, para corresponder a su saludo.

—Narayan Sekhon, mucho gusto. Siéntese. ¿Le pido algo para comer o beber?

—No, gracias. Tengo poco tiempo antes de una comida de negocios.

—Ya veo, directo al punto. Una persona que quiere resultados rápidos.

—Intuyo que es muy observador.

—No más que usted, señor Álvarez. Ya desde la entrada me hizo una pequeña radiografía.

—Me asombra, creí que estaba demasiado entusiasmado con su hamburguesa.

—Un consejo, si me lo permite. Siempre piense que nunca es nada como parece. Dígame, ¿qué puede necesitar una persona como usted de mí?

—Hace unas semanas —Javier saca del bolsillo de su americana el papel del anónimo — , recibí por mensajería esto. Usted, según tengo entendido, es muy discreto. No necesito decirle que para este trabajo apelo a esa gran virtud suya.

—Por supuesto, señor. La fama debe saber que no se gana en vano, ¿no cree? —Narayan cogió el papel y lo leyó—. Supongo que una persona de su estatus social ha hecho algún que otro enemigo a lo largo del camino.

—Alguno tengo, pero esto es...

—Algún secreto del pasado que alguien ahora quiere sacar a la luz —le cortó el audaz detective mientras observaba su reacción —. Me imagino que tiene un nombre en su cabeza.

—Ahora entiendo por qué sus honorarios son tan altos —dijo sonriendo Javier.

—Sin duda, usted mismo comprenderá que el resultado será tan satisfactorio y rápido que le parecerá cuando ocurra que tampoco he recibido tanto.

Javier volvió a introducir la mano en el bolsillo de su americana. Esta vez sacó una foto de un hombre bastante joven.

—Se llama Miguel Espinosa. Quiero saber qué hace, dónde vive ahora, si ha viajado a este país. Todo. La foto es de hace mucho tiempo, ahora más o menos tendrá cuarenta y cinco años.

—¿Algo más que me pueda ayudar en mi investigación?

—El sobre del anónimo de mensajería era de la empresa Packlik.

—Ok. No me llame, yo tengo su teléfono. A la primera novedad, yo le comunico.

—Estaré esperando sus noticias, señor Sekhon.

Cuando Javier abandonó el restaurante, el detective volvió a coger el anónimo en sus manos y observó alejarse a su nuevo e influyente cliente.

«¿Qué escondes?», se preguntó. Guardó lo que le había dejado en su ajado maletín y continuó comiendo su ya ahora fría hamburguesa.

—Te dije que no quería que me acompañaras —dijo colérico Jacinto mientras alzaba los brazos.

—No vas hacer que cambie de opinión, tío, me da igual que te enojas. Voy a acompañarte a recoger esos estudios y punto —afirmó enérgico Javier.

—¡De acuerdo, de acuerdo! Ya veo que no tengo otra opción. Se acomodó en el asiento del auto, mientras puso sus ojos en blanco. Decidió no seguir discutiendo con su sobrino porque sabía que aquella conversación no iba a parar

a ningún lado.

El camino al centro médico se hizo más largo de lo normal, y no por el tráfico, ya que, en Bangladesh, la excusa del tránsito no existía. Todo el mundo se había acostumbrado de tal forma al ir y venir de los coches y *rickshaws* que ya nadie, si llegaba tarde, lo ponía como excusa. El silencio entre ellos durante el trayecto hizo sentir todo eterno. Una gran angustia flotaba en el aire ante los resultados que llevaban días esperando.

La entrada a la clínica era un largo camino empedrado con numerosos árboles a ambos lados. Estos eran tan altos que semejaba que querían esconder los rayos del sol. En ese país, era normal pasar de las vistas de los suburbios a lo totalmente opuesto. Aquel lugar era tan solo para los más poderosos. Allí se encontraban los más ilustres médicos e investigadores.

Era un lugar que transmitía calma, pero esa serenidad era la que tanto Jacinto como Javier no tenían en ese momento.

Jacinto se bajó del coche y observó la fachada del edificio, un escalofrío recorrió todo su cuerpo. Presentía que algo estaba fallando en su cuerpo y no sabía si tendría la fuerza suficiente para escuchar el diagnóstico.

Miró a su sobrino una vez más, mientras exhalaba un suspiro.

—¡Entremos ya!

—Todo va estar bien, ya verás, tío.

—¡Claro que sí, Javier!

Cuando el doctor Swaran entró a su consulta llevaba unos papeles en la mano. Apenas habían pasado cinco minutos de espera.

—Hola, buenos días. —Estrechó la mano de los dos.

Era curioso que, estando en un país tan arraigado en sus costumbres, existiera tanta gente que, al contemplar que no eran nativos, utilizaba los saludos occidentales. Esto hacía a veces olvidarse dónde estaba uno, por eso Javier tenía tanto respeto a toda esa gente. Ese médico demostraba con sus gestos y forma de hablar que había estado en otros países.

—He analizado las pruebas que me ha remitido el doctor Agni.

—¿No tiene buenas noticias, doctor? —preguntó Jacinto.

—Siento mucho no poder decir lo contrario. Vistas todas las pruebas, claramente se ve que tiene un tumor, y el problema es el tipo de tumor.

—Pero, ¿se puede operar? No escatime en nada —replicó Javier.

—Ya sé que eso no es ningún inconveniente para ustedes pero, como dije anteriormente, el problema es el tipo de neoplasia que presenta —dijo mirando a Javier.

—No entiendo, doctor.

—Presenta un cáncer de páncreas exocrino. Normalmente está localizado en la cabeza del páncreas. Según mi experiencia en este tipo de tumores, cuando dan señales de algún síntoma es que ya se han extendido, normalmente al hígado. Tenemos que hacer un tac torácico-abdominal para ver cuál es su extensión y si ha invadido algún órgano vecino o si hay metástasis. La enfermera vendrá a buscarlo en unos minutos.

Un absoluto silencio se había apoderado de la consulta. El doctor Swaran los había dejado solos para preparar todo lo necesario para la prueba que le iban a realizar.

Los dos habían entrado como en un estado de shock, hasta que Javier decidió hablar.

—Todo se va arreglar, tío, va haber una solución.

—¿No lo has entendido, Javier? Esto no es algo que podamos solucionar con un cheque. Presiento que es mi hora. Yo sabía que algo estaba mal en mi cuerpo y este doctor me lo está afirmando, Javier.

—¡Pero se podrá operar! —gritó Javier—. No puede ser que ya te des por vencido. Este no eres tú, tío.

Había sido un día muy intenso, lleno de noticias muy duras. Los resultados del tac habían confirmado las sospechas del oncólogo Swaran y con esa prueba las esperanzas eran ya inexistentes. El doctor les había comunicado que el tumor ya había entrado en la fase de metástasis, lo único que quedaba era intentar reducir el dolor. No había nada más que hacer, ni las mejores clínicas ni el dinero que poseían podían revertir la situación en la que se encontraba su tío.

Hoy había sido sentenciado, le quedaban menos de seis meses de vida y, al menos que ocurriera un verdadero milagro, su tío estaba en fase terminal.

Capítulo 13

Era extraña la sensación que sentía Elena cuando pisó, después de cinco años, otra vez tierra madrileña. Pensaba que la vuelta sería al lado de su marido, pero las circunstancias después del diagnóstico de su tío lo habían cambiado todo. Ya habían pasado tres meses desde ese día y el panorama en esa casa se había vuelto demasiado desolador. Pero el destino siempre viene cargado de situaciones que trama hábilmente como una gran tela de araña, enredándolo todo y haciéndolo más complicado.

Su hermana Aurora una mañana la sorprendió con una llamada. Fue extraño escuchar su voz después de tantos años, desde la desagradable discusión que había provocado tiempo atrás, su hermana se había alejado de la familia. Pero más le extrañó que la estuviera avisando del estado de salud de su madre. Los médicos ya habían mandado que se llamara a la familia.

En esas horas de vuelo, Elena intentó recordar las veces que había estado en contacto con ella desde su partida y no pudo contar más que la de cumpleaños y Navidad. Un gran sentimiento de culpa se apoderó de ella.

Cuando el taxi la dejó delante de la puerta del hospital, un escalofrío recorrió todo su cuerpo. Se armó de valor y consiguió desprender los pies que parecían estaban anclados a aquel suelo. Supo que no había llegado a tiempo cuando todos los familiares se amontonaban delante de la puerta de la habitación que en recepción le habían indicado. Fue su hermana quien la abordó; al final, parecía que sus padres permitieron que ella se acercara de nuevo, una breve sensación de culpa le alcanzó por un instante, al ser ella la única responsable de todo el dolor que había provocado. Su hermana con un abrazo y con voz llorosa le indicó que hacía dos horas que había fallecido, que estaban esperando a que terminaran de prepararla y que les dieran los papeles para trasladarla al tanatorio.

Ella no pudo llorar. Se quedó inmóvil incapaz de abrazarla. Con un gran sentimiento de culpa por haber estado tan ausente todo ese tiempo y por crear una mentira que había provocado el distanciamiento y el dolor de sus padres y su hermana. Debería llorar y no podía. Debería haber sido todo diferente. Ahora solo le quedaba callar y llevar sobre sus hombros aquella carga que hoy sabía le había quitado a su madre toda la alegría.

Llevaba ya una semana en la casa de sus padres y no había tenido fuerzas para avisar a Javier de la muerte de su madre, solo le había enviado un mensaje de su llegada. En el fondo sabía que él no iba a echar en falta esa llamada. Estaba tan

inmerso en las atenciones a su tío que últimamente vivía entre dar indicaciones a la enfermera que habían instalado en la casa, las consultas médicas y contestar alguna llamada por el trabajo.

Ella, en esos meses, dejó simplemente de existir totalmente para él. Su presencia se había convertido en algo invisible, lo que agradecía en muchas ocasiones, porque así las situaciones y palabras violentas que tenía desde hacía un tiempo, habían desaparecido.

Pasó una vez más las hojas del álbum familiar que había encontrado en una estantería del salón y se paró en una foto de ella en brazos de su madre. Deslizó lentamente sus dedos por su cara y sintió que su corazón le oprimía. Le costaba respirar. «¡Qué pocos momentos felices te he dado, mamá!», pensó.

—Siempre te echó de menos, Elena —dijo su padre con voz melancólica apoyado en el marco de la puerta mientras la contemplaba.

—Estuve demasiado inmersa en mi mundo, papá...

—Ahora no valen de nada los lamentos, hija.

—Tienes razón y créeme que llevaré conmigo esa culpa.

Se produjo un gran silencio.

—Papá, tengo el vuelo para pasado mañana. Hoy a la tarde me voy. Te he dejado un poco de dinero en tu cuarto.

—No tienes que dejar nada.

—Lo sé, pero déjame que lo haga. Me hará sentir mejor.

—Está bien, hija. —Sus miradas tristes se encontraron y allí permanecieron sin palabras, sumergidos en sus recuerdos.

Aquel viaje imprevisto resultó agotador. Los recuerdos atropellados venían a la mente de Elena. Caminara en la dirección que lo hiciera, su mente los invocaba. Todo era demasiado nostálgico.

Acostumbrada al ruidoso y caótico Daca, ahora por las calles de Madrid tenía la sensación de que el tiempo iba a cámara lenta.

Cuando se encontró delante de las puertas de su antiguo trabajo, su cerebro le fue colocando imágenes de lo que había sido su vida anterior. Se acercó a recepción deseando encontrar a su amigo Daniel, pero una cara desconocida la saludaba. Preguntó por su amigo, pero su decepción se acentuó cuando el chico tras el mostrador le contestó que estaba de descanso. Seguro que aquel muchacho se había percatado de la desilusión en su rostro porque, rápidamente, le contestó eufóricamente:

—Pero mañana por la tarde ya está aquí.

Elena forzó una pequeña sonrisa y expresó:

—Ya no estaré en la ciudad.

—¿Quiere que le deje algún recado?

—Sí. ¿Puede darle esto cuando regrese? —Le ofreció una pequeña bolsa de cartón y sacó de su cartera una tarjeta.

—Desde luego. No hay problema.

—Muchas gracias.

Observó un instante al chico cuando se giró para salir y, con pasos rápidos, como si el recuerdo doliera, se alejó.

Decidió caminar por las calles de su antigua ciudad. Todo seguía igual, pero ella sentía que había cambiado. Ahora era otra persona, y era extraño pensar que la vida que tanto despreció tiempo atrás, era la que anhelaba tanto ahora.

Perdió la noción del tiempo. Solo se percató de que había pasado horas caminando cuando distinguió delante de ella la plaza del Ángel. Su corazón palpitaba en su pecho vertiginosamente y otra vez los recuerdos se enlazaban en su mente, aproximando tan solo una visión, la de Fabián.

Caminó unos pasos más y se detuvo en la entrada del Café Central. Tomó una ráfaga de aire y cerró los ojos como si, al hacerlo, le diera las fuerzas para poder dar el paso que necesitaba para abrir aquella puerta y entrar. Hizo un recorrido visual para comprobar que el recuerdo era el mismo que lo que tenía delante. La música de fondo de jazz y el ambiente acogedor, como recordaba.

Encontró una mesa libre, muy cerca de la barra, y decidió, cuando el camarero se acercó, pedir una parrillada de verduras y de postre un tiramisú casero, que tanto le había gustado desde que por primera vez lo probó en ese lugar.

Cuando su pedido llegó, cogió su copa de vino y al rato anunciaban la entrada del grupo musical que aquella noche iba a actuar en el local. Las primeras notas comenzaron a sonar y esa sensación que siempre le transmitían esos acordes volvieron a envolverla y a arrancarle diferentes emociones: nostalgia y recuerdos. Muchos recuerdos.

—Hoy te tengo preparada una noche muy especial, estoy seguro de que te encantará.

—La verdad, estoy impaciente por saber de qué va todo este misterio.

—Me has dicho en una ocasión que te gusta la música, por eso hoy te voy a llevar a uno de mis lugares favoritos de esta ciudad.

—¡¡¡Huy!!! Espero que esté igual de hermoso que el de la vista nocturna que me mostraste.

—Bueno, eso es difícil de superar preciosa.

Fabián aparcó el coche y se bajó para hábilmente abrirle la puerta.

—¿Un bar? —dijo Elena, sorprendida.

—No cualquier bar, preciosa. Aquí van a aflorar todos tus sentidos. Además, te voy a revelar mi mayor secreto, pocos lo conocen.

—¡Vaya! Voy a ingresar en esa lista secreta. Desde luego me tienes sin duda impaciente.

Ya en su interior, Elena se encontró un local con techos altos y con una decoración austera pero elegante, donde la madera predominaba igual que en la entrada.

—Supongo que no has escuchado mucho sobre jazz. Dicen que sus acordes la primera vez que los escuchas te pueden apasionar o aborrecer.

—Espero no me estés poniendo a prueba —dijo jocosamente Elena, mientras se acomodaban en un rincón al lado del escenario.

—Por este lugar, preciosa, han pasado gran cantidad de grupos de todos los lugares. Es uno de los templos del jazz en directo.

Cuando el saxofonista y el pianista dieron sus últimas notas, Fabián observó a Elena una vez más y supo que no se había equivocado en su elección. Había pasado la hora y media absorta en aquellas notas e incluso en algún momento del concierto creyó ver una cara emocionada.

—¿Y bien?

—¡Me ha encantado, Fabián!

—El jazz es muy complejo por la gran variedad de estilos que tiene. Es como la vida misma, puede ser alegre, melancólico, triste, seductor... todo depende de cómo se improvise.

Elena observaba a Fabián tan distinto, tan liberado. Se notaba que le apasionaba el tema.

Los aplausos del público del local sonaban cada vez más fuerte. Elena se sobresaltó y su mente regresó al presente. Desconcertada, le dio otro trago a su vino y pidió su cuenta. Cuando se dirigía a la puerta de salida volvió a ver su cara. Por un momento creyó que aquella noche había tomado demasiado vino, porque le hacía recordar más cosas de las que deseaba. Se paró y volvió a mirar

hacia la barra. ¡Sí, era él! Tenía el pelo más corto y lucía una incipiente barba y la estaba también observando. Fue Fabián quien dejó su copa y avanzó hacia ella, que se había quedado paralizada.

—Veo que aún te sigue gustando esta música.

—Alguien una vez me enseñó a amarla.

—¿Qué haces por aquí, Elena? —Su pregunta había sido en un tono demasiado alto, se notaba su rabia.

—Llevo una semana aquí. Tuve que viajar de urgencia por motivos personales, Fabián, y, sin darme cuenta, caminando por la ciudad, me encontré delante de este bar.

—Creí que ya no lo recordabas.

—Hay cosas que es imposible olvidar. Te veo muy bien, aunque cambiado.

—Gracias, Elena. Tú, en cambio, estás todavía más preciosa de lo que recordaba.

—Ha sido maravilloso volver a verte, pero tengo que irme, mañana tengo mi vuelo.

—Déjame acompañarte. Es tarde y los taxis suelen demorarse. Creo que una pequeña charla nos la debemos, ¿no crees? —. Ahora su tono había cambiado.

—Fabián...

No la dejó terminar, la cogió por el brazo y en ese preciso momento sintió deseos de abrazarlo. Lo miró a los ojos y sintió que renacían las sensaciones que en el pasado él le despertaba. Él también se quedó observándola fijamente y se abrazaron con la mirada. El paso de los años no había conseguido desvanecer aquella mirada. Elena experimentó otra vez aquello tan maravilloso que Fabián solo le había conseguido despertar. Atrás quedó la culpa del dolor provocado en él, solamente existía un amor y un deseo reprimido por el tiempo. Era como descubrir el hallazgo de un tesoro perdido.

Abandonaron el lugar los dos pensativos y nerviosos. Cuando Fabián le abrió la puerta del coche, Elena comprobó que lo había cambiado. Éste era de una alta gama y se sorprendió que alguien como él estuviera conduciendo un automóvil de aquel nivel. Lo observó, esta vez con más detenimiento y su desconcierto fue mayor al contemplar su elegante ropa de marca.

—Bonito coche, Fabián.

—Es de la empresa.

«Claro eso lo explicaba todo, debería tener un puesto importante para que le

ofrecieran un coche así.»), pensó Elena.

Cuando llegaron al hotel que le había indicado Elena, ella hizo ademán de despedirse, pero Fabián la retuvo cogiéndole la mano.

—Por favor, déjame sentirte una vez más.

—Fabián, no lo hagas.

—Cuando decidiste alejarte y casarte, yo también rehíce mi vida. No quiero hablar del pasado, Elena, ni de lo que son ahora nuestras vidas. Todo este tiempo pensaba que te odiaba, pero cuando te vi en nuestro bar supe que todavía te amo.

—Fabián, por favor.

—Tú como yo sabes que los dos sentimos lo mismo. Esta noche no habrá reproches, ni preguntas. Solo quiero sentirme dueño de tu cuerpo y que esos ojos solo miren los míos. Que tus manos vuelvan a reconocer mi cuerpo. Acariciarte despacio y recordar por qué mis manos te siguen buscando. Besar esos labios que tanto he anhelado, ese sabor, ese olor...

Elena no pudo ceder más a aquellas palabras que la acariciaban y decidió tirar su barrera de protección y se entregó a sus besos como desde hacía cinco años no recordaba hacerlo.

—Está bien, habitación 315, pero prefiero que esperes a subir un par de minutos.

—Ok, preciosa.

«¿Qué estaba haciendo?», se preguntó Elena mientras pedía en recepción su llave. Era realmente sorprendente lo que el destino a veces tenía reservado en los caminos que se andaban. En su última noche se lo volvía a encontrar y aunque sabía que aquello no estaba bien, quería hacerlo. Todo su cuerpo se lo imploraba. Demasiadas emociones en aquella semana. Necesitaba un escape y Fabián se lo estaba otorgando, aunque sabía que no sería una liberación de aquel viaje. Sería una liberación de los últimos cinco años, donde tomó una decisión, la cual hoy sabía que nunca fue la correcta. Pero ya no cabía el arrepentimiento, aquello había sido un camino sin retorno.

Elena entró en su habitación, dejó la puerta entornada y apenas había soltado su bolso en la butaca, sintió sus manos rodeando su cintura y sus labios besando su cuello. Todo su cuerpo se estremeció por completo. Solo a su lado recordaba tanta ternura y tanta pasión al mismo tiempo.

Elena se dio la vuelta y sus ojos se dijeron todo lo que las palabras no podían expresar. Sus labios se volvieron a encontrar y todo dejó de importar.

Cuando despertó, él ya no estaba a su lado. Todavía sentía sus labios recorriendo todo su cuerpo. Asomó una ligera angustia al saber que ya no estaba. Se levantó y cogió su móvil para ver la hora, fue cuando observó una nota al lado.

Siempre pensé que nuestra historia se hubiera merecido un final distinto.

Hoy gracias a este reencuentro siento que era el final que nos teníamos que haber hecho hace años.

Te deseo toda la felicidad en tu vida.

Siempre te guardaré en mi corazón.

Fabián

«Yo también, Fabián. Siempre estarás en mi pensamiento», pensó mientras guardaba la nota en su bolso. Se dirigió hacia la ducha, en tan solo tres horas salía su vuelo.

Capítulo 14

—Tenía razón, sus sospechas han sido correctas.

El investigador Narayan Sekhon que hacía meses Javier había contratado le acercó las fotografías que había sacado.

Javier las ojeó sin sorprenderse en absoluto de que había estado en lo correcto.

—¿Averiguó dónde vive? —preguntó sin dejar de observarlas.

—No vive aquí. He consultado las veces que ha entrado en el país. Solo lo ha hecho una vez, hace cuatro meses.

—Coincide con la fecha en que recibí el anónimo. —Javier se quedó pensando un rato y prosiguió—. ¿Y entonces estas fotografías de cuándo son?

—Son de la cámara de seguridad de la agencia de mensajería. Sí, de cuando le envió la nota. Ahora mismo ya no está en el país. —El detective cambió su tono de seguridad a uno más misterioso. —Lo que me sorprende, señor, es que no ha hecho el mínimo esfuerzo para tapar su rastro.

—Quiere que sepamos que es él —contestó Javier mientras seguía mirando las fotos que todavía tenía en sus manos.

—Vive en su país, donde regenta un pequeño bar en la ciudad de Barcelona. Según mis averiguaciones, es propietario desde hace diez años.

—Quiero que mueva sus contactos y lo mantenga vigilado.

—Sí, señor.

El investigador Narayan abandonó el restaurante donde siempre se reunía con su cliente para avanzarle los detalles de la investigación mientras Javier, pensativo y colérico, miraba una vez más las fotos que le había dejado.

«¿Qué pretendes después de tanto tiempo, Miguel? ¿Qué pretendes?»

Cuando Javier llegó a su casa, advirtió que el coche del doctor Swaran estaba estacionado. Una sensación de miedo le recorrió su cuerpo. Se bajó rápidamente y entró sin vacilar a la habitación de su tío. Desde su enfermedad se le había cambiado su dormitorio a la planta baja. Resultaba más cómodo para todos. Al principio no representaba un problema pero, a medida que iban pasando los meses, su agotamiento se acentuó por el tratamiento y aquellas escaleras resultaban ser un obstáculo para todos los de la casa.

Cuando estaba a punto de abrir la puerta de su dormitorio, el doctor Swaran salió con un semblante poco alentador.

—Buenos días, Sr. Álvarez.

—¿Ocurrió algo, doctor? No lo esperábamos hasta finales de semana.

—Su enfermera se asustó por los síntomas con los que amaneció su tío y decidió llamarme. Desafortunadamente, tengo que decirle que en cualquier momento se producirá el desenlace que nadie quiere que pase. Lo siento mucho, su tío luchó hasta el final, pero muchas veces no es suficiente ni la ciencia, ni el deseo de aferrarse a la vida.

—Gracias doctor. —Javier le estrechó su mano fuertemente y, tras un largo suspiro, entró a ver a su tío.

—¡Buenos días, tío!

—Hola, hijo. No disimules, todos sabemos lo que pasa y yo más que nadie, lo percibo. Sé que llegó el momento. Déjenme hablar con mi sobrino. —Miró a su enfermera y a su cuñado, ellos al momento se levantaron y los dejaron solos.

—Javier, sabes que para mí tú siempre has sido como el hijo que nunca he tenido. De todos, tú eres mi favorito.

—Tío, por favor, no deberías cansarte.

—No, déjame mientras pueda hablarte de todo lo que siento. Prométeme que reunirás a toda tu familia y contarás la verdad. Estos meses he tenido tiempo de pensar en el pasado y esto que hemos hecho no tiene perdón. Hemos culpado a un inocente de algo que tú hiciste y hemos obligado a tu hermana a mentir. A veces pienso que todo esto que me ha pasado es solo un castigo por ocultar todo.

Hizo una pausa para intentar recuperar las fuerzas y prosiguió:

—Te hemos protegido a ti, pero tu hermana ha estado sufriendo todo este tiempo, nunca lo superó.

—Sabes que todo este tema me avergüenza, no creo que los demás necesiten saberlo, con mi padre, Alicia y tú es suficiente.

—No, Javier, necesito irme en paz, saber que lo harás, al final tú también podrás vivir en paz.

—No sé si podré, tío.

—Me lo debes Javier, por todos estos años que te he protegido. —Jacinto miró a su sobrino que miraba al suelo—. Debo decirte que hace unas semanas llamé a mi abogado, cambié unas cláusulas del testamento. Te dejo una carta para que te animes a tomar la decisión. Te conozco, Javier, no intentes jugar sucio, recuerda que aprendiste de mí todo lo que sabes, por ese motivo te darás cuenta que solo tienes una forma de hacerlo, la mía.

Javier lo miró desconcertado pero entendía perfectamente sin preguntar nada. Su tío lo estaba poniendo contra la pared y, conociéndolo como lo hacía, sabía que no estaba hablando en vano. Siempre había sido un hombre frío y calculador y aquello tenía la sensación de que no estaba pensado desde su enfermedad. A Javier todo le indicaba que estaba calculado desde mucho tiempo antes.

Capítulo 15

Cuando Elena recogió su última maleta en el aeropuerto y se encaminó a su salida, buscó con la mirada al chófer de la familia, pero Ravi no estaba.

Había pasado ya media hora de espera y decidió llamar a Javier.

—Hola, cariño, ¿sabes si Ravi va tardar mucho en recogerme?

—¿Era hoy que llegabas?

—No puedo creer que lo hayas olvidado.

—Mira, Elena, tengo demasiadas cosas mucho más importantes en las que pensar. Yo no he estado de vacaciones. ¡Cógete un maldito taxi!

«No me lo puedo creer. ¡¡¡De vacaciones!!!», pensó indignada mientras se quedó mirando sorprendida el teléfono.

—Acabo de enterrar a mi madre, insensible cabrón —escupió malhumorada.

«¡Todavía no he llegado y ya con ese tono! ¿Es que esto va ser siempre así?», pensó Elena.

El camino a casa nunca le había parecido tan rápido. Era tal su enojo que el tiempo parecía que iba a revoluciones desorbitadas.

Cuando el taxi se paró en la entrada Ravi la recibió corriendo a su encuentro.

—Señora, no sabía que llegaba hoy.

—No te preocupes, Ravi, no es tu culpa.

El chófer cogió sus maletas y, con semblante avergonzado, se adentró en la mansión.

Después de su conversación y lo enojada que estaba por sus palabras lo que menos deseaba es que estuviera en casa. Subió las escaleras para darse un baño e intentar calmarse un poco pero al poco rato la puerta de su cuarto se abrió. ¡Claro, cómo iba a tener tanta suerte! Ya estaba en casa.

—Pensé que ibas a venir a saludarme —pronunció Javier con un tono distinto al que había utilizado por teléfono.

—Me imaginé que estabas en el trabajo —respondió sin darse la vuelta, y siguió sacando sus cosas de las maletas.

—Pero ahora ya estoy aquí.

—¿Y qué pretendes, que vaya corriendo a tus brazos después de tus palabras?

—Es que no entiendes mi situación, Elena, mi tío está agonizando.

—¿Entenderte? ¡Claro que te entiendo! Te recuerdo que vengo de enterrar a mi madre. ¡Mi madre! —¿Tu madre, con la que en este tiempo solo has hablado un par de veces a lo sumo? —dijo en tono jocoso Javier.

—¿Te parece divertido? ¿Quién eres? ¿Qué te está pasando, Javier?

—Tu marido, nena.

—Últimamente creo que me estoy arrepintiéndome de ser tu mujer. No te conozco.

—Pues acostúmbrate, porque tú nunca vas a dejar de serlo. —La cogió con fuerza contra su cuerpo y la besó bruscamente.

—Suéltame, no estoy de humor.

—Créeme, así me encantas más todavía.

Elena intentó alejarse pero sus manos sujetaban las suyas inmovilizándola completamente. La empujó contra la cama y sin ningún tipo de preámbulo le subió el vestido y le arrancó la ropa interior.

—Javier, ¿qué haces? Por favor, no.

Elena sintió el ruido de la cremallera de su pantalón, en ese momento supo que no iba a parar. Inconscientemente su mente se quedó en blanco, esperando a que su marido terminara. Fue rápido, parecía que había desprendido toda una rabia oculta en cada movimiento.

Cuando terminó, él no dijo nada. Se subió los pantalones y Elena percibió que se había ido solo por el ruido de la puerta al cerrarse.

No supo cuánto tiempo se quedó inmóvil en la cama. Solo sentía dolor y un frío que le recorría todo el cuerpo. Y más dolor.

«¿Qué he hecho con mi vida?», se preguntó Elena mientras abría la puerta de su baño dispuesta a quitarse toda aquella suciedad que sentía.

¡Toda su vida parecía tan maravillosa!

Al final consiguió lo que tanto había querido pero, de repente, todo era totalmente diferente a lo que se había imaginado.

¡Añoraba tanto su ayer! ¡Añoraba tanto a Fabián!

Se sentía completamente sola, al final el dinero que siempre anheló en su vida, no la llenaba, lo tenía todo pero paradójicamente se sentía vacía. Sentía que su vida se precipitaba hacia un abismo y que nadie la podía rescatar de esa amargura, de esa soledad, de ese dolor. Y a miles de kilómetros de sus amigos, atrapada en un mundo ajeno al de ella. Atrapada en su propio juego.

Un día tuvo que decidir entre dos vidas y determinó dejar de lado a su corazón y coger la más deslumbrante y ahora... ahora esa vida había dejado de brillar, el hombre que pensó que era especial había cambiado demasiado pronto, avistando otro totalmente desconocido.

Se tapó el rostro con sus manos y se volvió a preguntar: «¿Qué he hecho con mi vida?», mientras se secaba con sus manos las lágrimas de su rostro.

Capítulo 16

La vida en un instante se puede volver algo insoportable. ¿En qué momento todo cambió? ¿Cuándo fue que la persona que tenía a su lado se convirtió en un perfecto desconocido?

Elena llevaba un mes desde su regreso en una eterna noche. Toda la fuerza que le caracterizó había quedado en el pasado. A veces sentía que todo era producto de un castigo por su ambición y que todo lo merecía por el dolor que causó al tomar ciertas decisiones en su vida. Con el paso de los días sentía que era una mujer fracasada, la cual había perdido el control sobre su vida.

Su teléfono sonó otra vez insistentemente haciéndola regresar de sus pensamientos. Lo cogió sin mirar quién era.

—Sí.

—Elena, te recuerdo que hoy es el homenaje a mi tío. A las siete Ravi pasará a recogerte.

—Está bien.

Desde la muerte de Jacinto, Javier había tomado el control de la empresa según su última voluntad y ella era más participe de los actos de la fundación que también había pasado a manos de su esposo. Siempre tenía que estar en aquellas reuniones donde Javier la exhibía como un trofeo, o una pieza que él disponía sin preguntar.

Aquella noche era muy especial para él, ya que le hacían un homenaje por todos los años ayudando a los más desfavorecidos de la ciudad, dignificando la realidad de las personas a través de su organización.

Cuando la peluquera llegó a la mansión Elena todavía seguía vagando en sus pensamientos.

—Dígame, señora, ¿Ya ha pensado cómo quiere llevar el cabello?

—No, no lo he pensado.

—Y su vestido para esta noche, ¿dónde está? —dijo buscándolo con la mirada en la habitación—. Según el que haya elegido, podemos hacernos una idea de qué le favorecerá más.

—Ahí está, sobre la cama —indicó Elena.

—¡Perfecto! Yo creo que un recogido bajo le iría ideal.

Elena forzó una pequeña sonrisa deseando que aquella noche ya estuviera en

su final.

Cuando terminó de peinarla y maquillarla, Elena completó su obra con su vestido negro y unos altos zapatos de tacón. Se miró al espejo y sintió que había acertado al elegir. Negro como su vida. Sin luz. Sin esperanzas.

Ravi se apresuró para abrirle la puerta del coche cuando llegaron. Elena se quedó por unos segundos intentando decirse a sí misma que tenía que coger fuerzas. Si Javier le veía una mala cara sabía que, al llegar a casa, arremetería contra ella. Porque si algo salía mal, últimamente ella era siempre la culpable.

El evento, una vez más, estaba repleto de la gente más acaudalada e ilustre. Aquel lugar había sido ataviado de tal forma que seguro todo el dinero invertido en esa noche ayudaría a los más desfavorecidos de la ciudad y alrededores. Pero a Javier le gustaba demasiado ostentar y, sabiendo que todo aquello era en honor a su tío, no escatimó en nada

Durante la noche, Elena conoció a tanta gente que su cerebro se sentía saturado de nombres, algunos imposibles de recordar y pronunciar.

Aprovechando que su marido se había unido a un grupo de hombres que parecía que no querían dejarlo marchar por un buen rato, Elena cogió una copa de champagne que le brindó un camarero y se dirigió a la terraza para descansar y así poder respirar un poco de aire. Se sentía cansada. Cansada de aparentar y fingir una sonrisa cuando lo que deseaba era gritar y escapar.

De nuevo enfrascada en sus recuerdos, sintió una voz familiar que pronunciaba su nombre.

—Elena. Elena.

Se giró torpemente a punto de derramar el contenido de su copa.

—Perdona, no quería asustarte.

—¡Alicia! No, solo me sobresalté, estaba contemplando la vista. No sabía que hoy estarías por aquí.

—Es el homenaje a mi tío. No tenía otra opción. Pero de buena gana me iría ahora mismo. No soporto estos eventos.

—Yo también me apuntaría si pudiera.

—¡Creía que te gustaban estas cosas! —exclamó su cuñada, sorprendida.

—Últimamente me asfixia tanto protocolo. Desde que Javier cogió el mando de prácticamente todo, esto se está volviendo agotador —dijo, con tono afligido.

—Lo entiendo. Igual necesitas un cambio, Elena, ¿no crees?

—¡No sé cómo!

—Sí, yo puedo ayudarte. Me gustaría que un día vinieras a ver lo que hacemos en la fundación. No aquí, sino con la gente que ayudamos. Te haría sentir bien, útil. ¿Qué te parece?

—Me encantaría verlo todo con mis propios ojos.

—Mejor será que entremos. Mi hermano ya nos está observando demasiado, parece que hemos estado mucho tiempo aquí fuera.

—Sí, vamos a hacer acto de presencia, cuñada.

Javier la llamó para que se acercara.

—Mira, cariño, quería presentarte a Mónica Solano.

—Mucho gusto. —Elena contempló a la joven mujer pelirroja que estaba captando la atención de su marido mientras extendía su mano para saludarla.

—Ella ha sido la última cliente que mi tío ha traído a la empresa.

—Sin duda, ha sido un placer haber conocido a don Jacinto. Me siento gratamente afortunada de que hubiéramos podido hacer negocios y que le brindara a la empresa que represento el grado de confianza para trabajar en este país.

—Por sus palabras entiendo que lleva poco aquí.

—Sí, me designaron hace poco, unos siete meses para dirigir las nuevas oficinas que tenemos aquí en Dacca. Fue cuando don Jacinto me dio la oportunidad de iniciar conversaciones.

—Sí, unas reuniones que no supe hasta después de su muerte —añadió Javier.

—Estoy convencida de que mi marido no lo defraudará.

En ese instante apareció otra vez Alicia.

—Javier, he invitado a mi cuñada a que un día se pase por nuestro lugar de trabajo, para que vea de primera línea toda nuestra labor.

—¿Y tú, qué opinas cariño? —le preguntó Javier a su esposa, deseoso de oír su respuesta.

—Me parece genial.

—Pero recuerda que eso no es estar en la sede de la fundación, Elena. Igual puede ser algo muy duro para ti cariño —añadió en tono sarcástico Javier.

Elena se sintió rebajada otra vez, como ya era costumbre que Javier hiciera últimamente delante de la gente.

—No creo, hermano. Pienso que ella podría sernos de gran ayuda.

—Bueno, yo solo quiero que no pase por un momento desagradable, Alicia.

—Por supuesto, hermano. Bueno, creo que ha llegado la hora de irme. Elena, mañana te mando un correo con toda la información de lo que hacemos y la dirección. Estaré esperando tu visita, cuñada, ¿de acuerdo?

—Claro que sí, Alicia, iré encantada. —Elena observó cómo su cuñada se alejaba mientras, sin mirar a su marido, notaba que él se había molestado.

Una hora después se encontraban de camino a casa, sin mediar palabra. Elena sabía que aquella noche todavía no había terminado para ella.

Subió las escaleras dispuesta a quitarse los altos zapatos que ya la estaban agotando. Minutos más tarde, apareció Javier con un vaso de whisky en la mano.

—¿Con qué autoridad crees, Elena, que puedes tomar decisiones sin consultarme?

—No sé a lo que te refieres, Javier.

—¿Yo te di permiso para acceder a visitar o trabajar con mi hermana?

—No creí que tendría que pedirte permiso para visitar el lugar de trabajo de tu hermana. Es nuestra familia.

—Tú no tienes el derecho de opinar y menos de pensar. Y sí, es familia. MI FAMILIA, no la tuya.

—Javier...

—¡¡¡¡Cállate!!!! —gritó, mientras levantaba la mano libre dispuesto a darle en la cara.

—Por favor, no. No más, Javier.

Dejó su vaso con la bebida que estaba tomando sobre la mesa de noche que tenía a su lado y agarró su cara con ambas manos.

—Ahora te voy a enseñar a no tomar decisiones por tu cuenta.

Y en apenas unos segundos la estaba arrinconando contra su cama, sujetando sus manos para inmovilizarla completamente y no pudiera defenderse. Y otra vez la poseía sin ningún tipo de compasión. Bruscamente, descargando todo su enojo y una furia que Elena jamás se imaginó que su marido pudiera tener.

Capítulo 17

Aquella mañana se despertó sobresaltada. Apenas había podido conciliar el sueño. No recordaba a qué hora había conseguido cerrar sus ojos. Supuso que era por el cansancio y la sensación de vergüenza de no poder cambiar su vida. Ella, que siempre había tenido soluciones para todo, esta vez no encontraba la forma de salir de la situación en la que su vida se encontraba. Tan de repente como había cambiado su marido, así había desaparecido su ilusión y, en su lugar, el sentimiento de culpabilidad la invadía. Quería escapar de todo pero hasta eso era como una losa que la asfixiaba, porque ya no tenía el valor para tomar esa decisión ni cualquier otra.

Su teléfono emitió un aviso de haber recibido un mensaje. Estiró su brazo para alcanzarlo. Era su cuñada Alicia. En esos últimos días había hablado más con ella que en los años que llevaba viviendo en esa casa.

Buenos días. Te he enviado un correo con un poco de información de lo que hacemos en la fundación y la dirección para que te pases a ver nuestra labor. Te espero.

Se levantó con una desgana impropia en ella dispuesta a darse un baño, ya eran casi las diez de la mañana. Cuando se quitó su camisón notó algún moratón nuevo en su cuerpo, pero Javier tenía la habilidad de hacérselos en lugares que nadie alcanzara a ver.

—¡Buenos días, señora!

—¡Buenos días, Niraj! —contestó alzando un poco la voz. No hacía falta que subieras el desayuno. Hoy no tengo hambre. De todas formas ya bajaba para tan solo tomarme esos zumos tan deliciosos que preparas.

—Se lo dejo de todas formas, señora.

—¿Javier está en casa? —Salió del baño anudándose el albornoz.

—No, señora. Me dijo que hoy llegaría tarde. Iba a una comida de negocios.

—Gracias, Niraj.

Elena se sintió aliviada de no tener que verle la cara. Estaría todo el día fuera. Siempre que tenía una comida relacionada con su trabajo solía llegar tarde.

Cogió su portátil para ver el correo que le había enviado su cuñada con el deseo de que la dirección no fuera muy lejos.

Cuando entró en la bandeja de entrada divisó varios correos pendientes de leer.

La mayoría eran de las tiendas de ropa que, con frecuencia, visitaba y que siempre que recibían novedades le mandaban todas las fotos de lo que llegaba. Efectivamente, estaba el de su cuñada pero había otro que le llamó la atención porque era de hace tres semanas y de una dirección que no reconoció. Pinchó con su ratón este último motivada por la curiosidad.

danlopez@hotmail.com

03 Marzo

18:50

Hola Elena:

Supongo que estarás pensando que ya no te iba a contestar. Hasta hoy no pude hacerlo, chiquilla.

Cuando mi compañero me dio tu obsequio y vi tu tarjeta, sentí un coraje enorme de no haber estado el día que me fuiste a visitar.

Que sepas que me encantó tu pluma, me acuerdo de ti cada vez que la saco en el trabajo.

Cómo me hubiera encantado cotillear de todas las novedades, chiquilla. Con la cantidad de chismes que te tengo, sin duda el más grande, es que tu amiga Irene se nos casó hace tres años. Ya no trabaja para el hotel, ahora está en la empresa de su marido y le va estupendamente. ¿Te acuerdas del chico que venía cada mes a limpiar los cristales? Pues ese es su marido. Figúrate, su jefe, cuando murió, como no tenía familia, le dejó la empresa. Ahora él es el dueño y ha ampliado el negocio. Siguen trabajando para nosotros aunque yo a ellos ya no los veo, porque siempre vienen sus empleados.

Yo soy el que sigue igual, chiquilla. De los demás la mayoría cambió de trabajo.

Espero que cuando decidas volver de visita me avises antes, ¿de acuerdo?

Nuevamente, gracias por tu regalo. Tu amigo que te quiere,

Daniel Rodríguez.

«¡No podía ser cierto! ¿Irene casada, y con Fabián!? ¿Por qué nunca me dijo nada?». Volvió a releer el email por si había entendido mal. ¡No! Era correcto, ellos dos se habían casado. ¿Cómo pudo hacerle eso su amiga? Su mente era un torrencial de preguntas. No entendía nada. ¿Por qué Fabián no se lo comentó cuando se reencontraron en Madrid?

Todo estaba mal en su vida. TODO. Podría en ese momento recibir mil golpes pero no le dolerían tanto como la traición que acababa de descubrir. Ahora no

solo tenía golpeado su cuerpo, ahora le habían machacado su alma. Herida por fuera y herida por dentro.

—Buenas tardes, señor Álvarez

—Buenas tardes, señorita Solano. Se levantó para estrecharle su mano. — Como siempre, tan puntual.

—Nunca me ha gustado hacer esperar a la gente que me interesa. Usted es un cliente muy importante para nuestra firma, señor Álvarez

—Si no le importa, a estas alturas me gustaría que me llamara Javier. Vamos a estar muchas horas juntos y podríamos dejar esos formulismos a un lado, ¿no crees?

Mónica lo observó con cautela y respondió a su pregunta con una sonrisa.

—Tienes razón, tu tío nos dejó cantidad de compromisos que ahora han pasado a tus manos. Espero que el haberte enterado de esto, no sea un problema para ti, Javier.

—En absoluto, Mónica. He estado estudiando todo el proyecto que hiciste con mi tío y tengo que confesarte que es muy ambicioso. Lo que no entiendo todavía es cómo lograste convencer a una persona tan reacia a trabajar con nuevos clientes.

—Bueno, supongo que eso se lo debo a mi don de gentes y, por supuesto, a la solidez de la empresa para la que trabajo. En muy pocas años se ha consolidado en el mercado y, como bien la estudió tu tío, tenemos un proyecto en el que hemos trabajado muy duro y que estamos convencidos de que dará muchos beneficios.

—Hablaemos de todo esto más tarde pero, ¿te parece que ordenemos primero la comida? Será un día muy largo.

—De acuerdo —dijo Mónica mientras cogía la carta que Javier le estaba ofreciendo.

—Ok. Relajémonos un poco y disfrutemos este momento. Luego ya hablaremos de negocios.

Capítulo 18

—Llévame a esta dirección, Ravi.

El chófer miró el papel que le estaba dando y leyó su contenido, miró por el retrovisor y preguntó con tono de preocupación:

—¿Está segura de que quiere ir a esta dirección, señora?

—¡Claro, Ravi! ¿No es ese el lugar donde trabaja mi cuñada Alicia?

—Sí, pero...

Elena le cortó rotundamente.

—Entonces, ¿a qué esperas? ¿Por qué tanta pregunta?

—Es que al señor no le gustará saber que ha estado en ese lugar.

—¿Y por qué tendría que saberlo? ¿Acaso te ha mandado darle un informe detallado de todo lo que hago?

—Por supuesto que no, señora, pero es un lugar poco apropiado para usted.

—Si el señor quiere que coopere en la fundación, más asiduamente tiene que entender que tengo que ver de primera mano todo lo que ocurre. No te preocupes, Ravi.

—Si, señora.

El lugar no estaba muy apartado del centro de la ciudad. A medida que se iban adentrando en los *slums*, estos le reflejaban cada uno una vista más desoladora que el anterior. Las chabolas se sucedían unas tras otras, amontonadas. Los techos no tenían ni chapas, eran un montón de plásticos multicolores, la mayoría descoloridos que se sostenían sobre varios palos o incluso cartón. Por un momento, Elena se preguntó por donde pasaría el coche.

Ravi, como si le estuviera leyendo el pensamiento, le indicó que pasarían por una carretera adyacente a las chabolas, pero que llamara a su cuñada para que los esperara. No era prudente dejar el coche aparcado. Diez minutos después, su cuñada Alicia estaba al final de la calle que Ravi le había indicado.

—¡Buenos días, cuñada! ¿Te costó mucho trabajo llegar?

Alicia estaba totalmente diferente a como la había visto siempre. Ataviada con una ropa que jamás se imaginaría que se pusiera. Su vestimenta era parecida a la de un mercadillo, con zapatillas de deporte blancas demasiado desgastadas. Sus pantalones vaqueros estaban ya descoloridos igual que su camiseta. En la cabeza llevaba atado un pañuelo que recogía su cabello a modo de coleta.

—Si no hubiera sido por Ravi, reconozco que no hubiera podido llegar, Alicia.

—Sí, él muchas veces me ha traído. —Lo miró sonriente a modo de saludo.

—Yo creo que en dos horas puedes venir a buscarla, ¿de acuerdo, Ravi?

—Sí, señora.

—Gracias, Ravi.

Elena contempló a su chófer un poco asustada, pero intentó disimular su asombro ante su cuñada. No quería que creyera que las palabras de Javier estaban en lo correcto. ¡Ella podía con eso!

Siguió a su cuñada por un callejón que calculó tenía apenas un metro de anchura, a cuyos lados se disponían hileras de chabolas y por donde apreció que la mayoría de la gente caminaba descalza.

Sintió un olor intenso y nauseabundo que se le hacía cada vez más difícil soportar.

—No te preocupes, Elena, cuando llevas un rato te acostumbras.

Se sorprendió que le hiciera ese comentario. ¿Su cara era tan expresiva para que Alicia le soltara aquellas palabras?

—Tanta suciedad provoca este olor —prosiguió—. Todos hemos pasado por esto la primera vez que hemos visitado un *slum*.

—No creía que pudiera vivir tanta gente aquí, Alicia.

—Aquí hay multitud de gente, sobre todo mujeres y niños. Créeme a pesar de lo que estás viendo, ellos piensan que es mejor vivir en estas condiciones que morir de hambre en el campo.

—Pero, ¿hay trabajo para todos ellos? ¿A qué se dedican?

—Desafortunadamente, las mujeres tienen que prostituirse y los niños se buscan la vida, muchos de ellos en la basura, recogiendo todo tipo de cosas que puedan vender.

A medida que seguía a su cuñada, observaba a los niños correr descalzos por aquellas cochambrosas calles. ¿Dónde había estado metida ella durante los cinco años que llevaba en Daca? Sí había visto pobreza, pero aquello era mucho más. Sintió remordimientos y ganas de escapar. Pero las palabras de su marido le hicieron coger fuerzas. No quería darle el gusto de saber que estaba en lo cierto. Acababa de llegar, seguro que no todo eran visiones desoladoras. Ahora no podía flaquear.

Llegaron como a una gran tienda de campaña, donde muchas mujeres, niños y

ancianos se disponían en una gran cola. No llevaban nada en las manos, por lo que Elena supuso que comida no era lo que estaban esperando.

Alicia saludó a todos y se adentró entre la multitud que, sonriente, las dejaba pasar.

—Mira, aquí es donde tenemos nuestro pequeño centro de atenciones sanitarias. Intentamos controlar, asesorar y tratar a todos para que las enfermedades comunes en estos sitios no proliferen. También disponemos de una sala de maternidad. Date cuenta de que la tasa de natalidad es altísima y cada vez a más corta edad. Quiero presentarte a una de las personas más importantes de este lugar. Se acercó a una mujer que se encontraba de espaldas a ellas y le puso su mano en su hombro.

—Hola, Alicia —dijo sonriéndole cariñosamente.

—Cecilia, hoy disponemos de ayuda por unas horas. Te presento a mi cuñada Elena, ella es la esposa de mi hermano Javier. Creí que sería bueno que conociera la otra parte de la fundación.

—¡Nos vendrá estupendamente! —dijo sonriente la joven mujer mientras le extendía su mano para saludarla—. Encantada, Elena, yo soy la doctora de este lugar.

—Con razón mi cuñada dice que eres la persona más importante.

—Aquí todos somos importantes. Cada mano que ayuda es necesaria —dijo mientras se giró e indicó a la mujer que estaba sentada en la vieja camilla gris desgastada que se levantara.

—Le voy a mostrar todo lo que hacemos, Cecilia, hoy será un día de visita.

—¡Pero yo puedo ayudar!

—Primero quiero que conozcas todo a fondo; créeme, trabajo aquí no va a faltar.

—De acuerdo.

—Cecilia es nuestro mayor logro, dejó una carrera exitosa en España —prosiguió diciendo su cuñada mientras se alejaban del campamento médico—. Según ella, sintió que necesitaba hacer algo más en su vida. Un día afloró en ella la inquietud de ayudar de otra forma y en estos seis meses que lleva con nosotros su labor ha sido inconmensurable.

—¿No crees que es demasiado trabajo para una persona sola?

—La gente del *slum* la ayuda. Hay muchas mujeres a las que les gusta hacer esto, además es una forma de sacarlas de la prostitución. La fundación les paga

por su trabajo. Nosotros las enseñamos y ellas nos ayudan a hacer llegar el mensaje a esta población.

—¿Y de qué forma?

—Los focos de contaminación son muy grandes, Elena, cientos de personas caminan y conviven sobre suciedad, orines o aguas residuales. Les enseñamos, dentro de nuestras posibilidades, a prevenir los riesgos. Así como ayudamos a que el índice de natalidad no aumente tanto y a tan temprana edad.

—Pero eso debe suponer un alto coste.

—Por eso es tan importante para nosotros el trabajo de oficina. Buscar gente y empresas que aporten dinero. Estos *slums* son pequeñas ciudades que cada vez más van en aumento.

Siguieron caminando por las estrechas calles, mientras Alicia le seguía contando todo lo relacionado al trabajo en cada zona.

Apenas se percató del tiempo, solo cuando Alicia llamó a Ravi supo que ya era hora de marcharse. Se sentía con muchos deseos de participar en aquel proyecto. Fue un día hermoso a pesar de las nubes negras que asomaron aquella mañana. Aquella visita le había dejado algo muy valioso de aprendizaje: que, por muy mal que fuera todo, siempre hay que tener fuerzas para seguir luchando. Aquellas mujeres, a pesar de todas sus tragedias, buscaban siempre la forma de mejorar

Capítulo 19

Había llegado el día en que se firmaría el contrato con Mónica Solano, por lo que Javier se encontraba en tensión. Aunque habían sido unas negociaciones previamente hechas por su tío, el volumen de negocio que implicaba suponía un riesgo demasiado alto para ellos.

Le extrañaba que su tío no hubiera pensado en la posibilidad de no llegar a tiempo en todos los pedidos que suponía abastecer a los nuevos clientes y cumplir con los ya existentes.

Fueron días arduos donde al final Javier solo encontró una forma de solucionar el problema que, tras su muerte, le había dejado su tío. No podía retractarse porque gran parte de los acuerdos ya se habían cerrado anteriormente y el departamento de Mónica Solano había respaldado con unas cifras demasiado elevadas el incumplimiento de los contratos ya firmados. Así que lo de hoy era un simple formulismo porque, a niveles legales, la empresa que representaba Mónica ya era su cliente desde hacía varios meses.

—Señor, la señora Solano ya está esperando en la sala de reuniones.

—Gracias, Tya. —Colgó el teléfono de su escritorio y se encaminó con los papeles de la última firma a su reunión.

Era la primera vez que terminaba las negociaciones de un proyecto tan ambicioso. El equipo legal de la empresa, su hermano y su padre, estaban para las firmas. Solo faltaba Alicia; pero ella había cedido hacía tiempo a su hermano mayor la toma de decisiones.

—¡Buenos días! —dijo Javier encaminándose a la silla de presidencia—. No quiero alargar mucho esta reunión, hoy es un día muy importante, no solo porque se incorpora a nuestra lista de clientes la empresa que dirige Mónica Solano, sino porque esta es la última adquisición de mi tío; a él le debemos esta operación tan importante.

—Todos tienen un informe del contrato que hoy se va a firmar —continuó diciendo Javier—. Los abogados de ambas partes ya los han revisado y los han aprobado. Revisad si alguno tiene alguna objeción de último momento.

Javier echó una rápida ojeada a todos los miembros de la mesa y, tras unos minutos de silencio, todos dieron el visto bueno.

Se inició el momento de las firmas donde los documentos sobre la mesa iban circulando de mano en mano. Cuando ya todos habían firmado, Mónica Solano

rompió el silencio.

—Quiero agradecer a todos los aquí presentes en nombre de la compañía que represento. Ser parte de vuestra cartera de clientes, siendo una firma tan consolidada, sabemos que no es fácil pero, tras las reuniones previas con el antiguo presidente y visto nuestro proyecto, hemos logrado llegar a este momento. Deseamos que esta alianza esté llena de futuros éxitos.

—Así será, Mónica. Bienvenida a nuestra empresa —dijo Javier.

La reunión terminó con elogios por ambas partes.

—Sería muy grato para nosotros terminar esta firma celebrándolo con una comida que hemos reservado en el restaurante The Olives.

—Con gusto asistiremos. Muchas gracias —dijo Mónica con una sonrisa de agradecimiento a Javier.

La comida había terminado tal como se auguró. Todos se marcharon con la satisfacción de haber realizado un trabajo bien hecho. Javier, después de sacar su tarjeta y pagar la cuenta, al despedirse de Mónica, le entregó una nota sigilosamente. Mónica se despidió de todos los que todavía quedaban del grupo empresarial y se fue al baño. Atravesó el gran pasillo que terminaba con unas escaleras y ya a solas decidió leer la nota que Javier secretamente le había dado.

Te espero en la suite 1527

Mónica guardó la nota en su bolso y, con una leve sonrisa, se dirigió a los ascensores para acceder a la planta superior. Buscó la habitación que le había indicado Javier y tocó levemente a la puerta. Al instante, apareció el rostro sonriente de Javier.

—Has tardado demasiado —dijo mientras la cogía de la cintura y la empujaba hacia dentro besándola efusivamente.

—Tenía que cerciorarme de que todos se habían ido.

—Bien hecho, nena. Ahora nosotros tenemos que celebrar.

—¡Si! ¿Y cómo vas a sorprender a tu más importante cliente?

—Tengo formas muy especiales para estas nuevas adjudicaciones —dijo, jocosamente, Javier.

La suite de luxe del hotel The Olives tenía vistas al lago y a la piscina al aire libre. Una gran cama toda vestida de blanco con altos cabezales de madera y colgados en la pared dos grandes cuadros de pintura expresionista en tonalidades rojos y blancos, a juego con las amplias cortinas que abarcaban todo el inmenso ventanal, al lado de este dos butacones y una mesa de centro para contemplar la

espectacular vista, era lo que más destacaba al entrar en la estancia.

Del otro extremo de la habitación, una puerta separaba el recinto del baño donde predominaba la madera y en un lateral un gran jacuzzi. El olor que se apreciaba era un aroma intenso y penetrante a flores de loto. Aunque Mónica no era la primera vez que visitaba ese lugar, sentía como si fuera la primera vez. Le encantaba la gran cantidad de detalles que tenía, los cuales hacían que la retina de la memoria nunca los olvidaran.

Aquellos encuentros habían prácticamente comenzado, pero cada vez se sentía más atrapada en aquel juego de seducción. Era como una atracción que los superaba a los dos o, por lo menos, ella así se sentía cuando estaba con Javier. Le gustaba y le excitaba su rudeza. Parecía que con ella liberara algo que le afligía y, tras los momentos de sexo salvaje con él, llegaba la serenidad, una calma que los unía y gracias a los cuales Javier se convertía en otra persona.

Muchas veces Mónica se había hecho la misma pregunta: «¿Será igual con su esposa?». No le importaba, ella adoraba esos momentos y no quería cuestionar nada. Por ahora eso le bastaba. Su relación en la clandestinidad iba bien, sin falsas palabras, ni promesas. No quería entrar en eso. Ella era libre, sin ataduras y vivía el momento.

—¡Mónica! ¿Qué te ocurre? ¿Te vas a quedar en el baño mucho rato más? Hoy es un día especial, tenemos que celebrarlo a lo grande.

Javier esperó su respuesta y, preocupado por su tardanza, se incorporó de su sillón para comprobar que todo estuviera bien. En ese instante se paró en seco, Mónica salía del cuarto de baño ataviada con una lencería que lo dejó impactado.

—Señor Álvarez, se está convirtiendo en una persona muy impaciente ¿Cree usted que valió la pena esperar?

—Sin duda, nena.

Javier la acercó contra si fuertemente y, con manos sumamente diestras, la despojó de su fina lencería. La observó con ojos ávidos, deseando poseerla allí mismo.

Había encontrado en ella la calma a sus miedos, a sus fantasmas. Todo lo malo de su vida cuando estaba a su lado se desvanecía. Su forma tan liberal de ver la vida, sin preguntas ni reclamos, le daba la paz que no podía encontrar en ningún otro lado. Y ese hombre que en otros escenarios aparecía y que quería rechazar, con ella se quedaba detrás de la puerta de cada cuarto de hotel que visitaban, dormido.

Y Javier comenzaba a sentirse un hombre nuevo, normal, lleno de un gran sosiego que le redimía sus oscuros recuerdos.

Capítulo 20

Desde hacía dos semanas, Elena había encontrado en la fundación un refugio a su soledad. No quería pensar en nada negativo. Su vida había dado un giro drástico de 180°. Necesitaba sentirse útil, dejar los fantasmas del pasado atrás, olvidar las traiciones e ignorar la hostilidad de Javier que tanto la abatía. En su lugar, tomó la decisión de hacer cosas que le llenaran ese hueco de dolor.

Contemplaba las fotos de los *slums* que días atrás había realizado y observaba la sonrisa de una de las mujeres que había sido capturada por su cámara mientras confeccionaba unas pulseras de materiales reciclados.

Elena había conseguido en muy poco tiempo montar un taller de bisutería realizada con materiales que recogían entre las toneladas de basura. En esos talleres había puesto a una persona que los guiaba en sus inicios para enseñarles a confeccionar los distintos tipos de abalorios, los cuales, viéndolos en su etapa final, era difícil de imaginar cuál había sido el material original. Elena confiaba en que ese proyecto sería una importante fuente de ingresos en un futuro.

Mientras seleccionaba las fotos que pasarían al archivo de la fundación, se dio cuenta de que todas aquellas mujeres poseían algo que ella había perdido con los años: la ilusión en sus miradas. Volvió a retroceder en las fotos de su ordenador y se preguntó cómo, todas ellas, a pesar de las historias de dolor que cargaban y del desolador horizonte de sus vidas, poseían esa voluntad y esa alegría; y ella, con una vida para muchos privilegiada, se sentía en un túnel oscuro del cual no podía ni sabía cómo salir.

Guardó las fotos seleccionadas en un nuevo archivo y cerró los ojos rápidamente mientras, al mismo tiempo, movía su cabeza en señal de negación. Ya no tenía sentido lamentarse, ahora le tocaba vivir lo mejor posible la vida que había elegido. En sus manos estaba encontrar patrocinadores para esa fundación. Toda esa gente necesitaba imperiosamente fondos para de mil maneras mejorar su situación.

Su esposo no le había comentado nada sobre su nueva ocupación. Elena se lo atribuyó a que estaba demasiado absorto en sus nuevos clientes, que operaban en Bangladesh bajo la supervisión de Mónica Solano. De hecho, casi no se lo encontraba. Algo que Elena agradecía, aunque pero sabía que, en cualquier momento de agresividad, se lo iba a reprochar.

Las horas iban pasando revisando qué personas o empresas participaban de una

forma u otra con la fundación. Decidió hacer una lista con todos los nombres que habían aportado alguna donación, muchos de los cuales ya conocía gracias a las fiestas a las que acudió con su marido.

Cogió el teléfono y marcó la extensión de la única persona de la que tenía conocimiento que se encargaba de los eventos.

—Yamir, ¿tienes alguna lista de las empresas más relevantes de esta ciudad o alrededores?

—Sí, señora, ¿la quiere para ahora?

—Cuanto antes mejor.

—Ahora mismo se la envío a su ordenador.

Elena contempló el archivo recibido y se quedó sorprendida, no solo estaban en la lista los nombres de las empresas de la ciudad, al parecer también del país.

Volvió a marcar la extensión de Yamir.

—Mándame a alguien de publicidad. ¿Tenemos ese departamento?

—Aquí no, pero tenemos una empresa que contratamos para todos esos temas.

—Bien, llámala, quiero concretar una reunión con ella.

—¿Necesita algo más señora?

—Bueno, me gustaría tomar algo, estoy agotada.

—¿Un café, té,...?

—No, café no. Últimamente no soporto su olor —dijo mientras su rostro cogía el semblante de rechazo de solo oírlo. Un té estaría bien. Gracias.

Mientras esperaba a que Yamir le trajera el ansiado té, volvió a su proyecto de publicidad. Era algo grande lo que tenía en mente; pretendía llegar a toda la élite de Bangladesh y, habiendo tantas empresas extranjeras, podría hacerse eco fuera del país y, para que eso sucediera, no podía dejar nada sin revisar.

Aquello era lo que la mantenía con energía. Había encontrado su refugio, una inyección a su soledad, a lo decadente que sentía que era ahora su vida. Un marido ausente, aunque cuando estaba lo detestaba al contemplar en lo que se había convertido. Sus insultos, sus palabras le hacían sentirse inferior y eso le dolía más que los golpes, llegaban a marcarla más profundo que los moretones que escondía en su cuerpo.

Yamir se acercó a la puerta de la oficina que Elena había dejado abierta con la esperada taza de té en una mano y en otra una carpeta.

—Le traigo los documentos de la empresa de publicidad para que los revise y

los nombres de las personas con las que trabajamos. La empresa dice que si esta tarde le va bien la reunión, a última hora tienen un hueco.

Elena la miró sorprendida ante su agilidad y destreza.

—Muy bien. Avísame cuál será el lugar.

—De acuerdo, señora.

Cuando dejó la sede de la fundación para acudir a la reunión vespertina que su secretaria Yamir le había organizado y las puertas de cristal del edificio se abrieron, se sorprendió al contemplar el gran aguacero que había comenzado. Aunque esas situaciones eran normales por la época del año en que estaban, todavía, después de los años que llevaba en ese país, no se había adaptado.

Por momentos echaba en falta el clima de su tierra, y más estando en puertas del mes de julio, cuando las piscinas y playas se llenaban de gente ávidas de sol y mar. Sin embargo, ahora ella tenía que soportar la humedad desorbitada junto con aquellos torrentes de lluvia que se sucedían casi a diario, aunque después daban salida a los rayos del sol o a una calma muy grande, donde el aroma de la tierra mojada flotaba en el ambiente.

Su chófer Ravi se acercó con paso rápido sujetando en una de sus manos un paraguas que a duras penas conseguía dominar, ya que la fuerza de la lluvia hacía que aquella acción tan simple le resultara bastante compleja. Torpemente intentó abrirle la puerta a Elena mientras con la otra mano seguía sujetándole el paraguas.

Elena no pudo evitar sonreír al contemplarlo. La visión era bastante cómica y más cuando Ravi había demostrado mucha habilidad en todas las funciones.

Ya en el lugar acordado la lluvia estaba aminorando. Ravi le abrió la puerta y esta vez mostró más pericia con su paraguas.

En la entrada del restaurante preguntó por Brahma Williams. Una chica la llevó a una mesa donde un hombre de espaldas a ella estaba hablando por teléfono.

—¿Brahma Williams? —dijo mientras el hombre se levantaba de su silla dejando sobre la mesa su teléfono. Sonriendo le dio la mano para saludarla.

—Señora Álvarez, mucho gusto.

—Espero no lleve mucho rato esperando. Me sorprendió la lluvia a mi salida, y ya sabe que cuando llueve, este país es todavía un poco más caótico.

—No se preocupe. La verdad que me extrañó la llamada de Yamir. No sabía que ahora usted estaba a cargo de la fundación.

—Hace muy poco que me estoy ocupando de ella a tiempo completo. Apenas

estoy conociendo y descubriendo todo lo que se hace.

—Pues usted dirá para qué me necesita. Disculpe, ¿le pido algo para beber?

—Un té estaría bien.

Brahma, cuando vio al camarero, levantó su mano. El chico llegó al momento a su mesa.

—Un café y un té, por favor.

Elena lo observó mientras hacía su pedido. Era joven. Calculó que no pasaría de los treinta y cinco años. Su pelo negro y facciones no tan marcadas de hombre típico asiático. Su piel era un poco más clara de lo normal.

—Disculpe la pregunta, ¿usted nació aquí?

—Muy cerca, en la India, aunque pasados unos años ellos decidieron quedarse aquí —dijo sonriendo mostrando unos dientes extremadamente blancos—. Como mi madre era inglesa, me he pasado media vida entre los dos países.

—Siento mi impertinencia.

—Estoy habituado, mi color de piel me delata. Para los de aquí, mi piel es demasiado clara y para los europeos soy demasiado oscuro. Me encuentro muy a menudo con esta pregunta. Bueno, ¿qué le parece si me cuenta lo que tiene en mente para su fundación, señora Álvarez?

—Elena, simplemente Elena.

—De acuerdo, Elena.

—Desde que estoy con todo esto, he notado que no tenemos todo el apoyo de las empresas más relevantes de este país. Nos falta publicidad. Necesitamos una difusión impactante, diferente, para atraer a nuevas empresas.

—Y ahí entramos nosotros.

—Exacto, creo que, estudiando una estrategia publicitaria, podemos tener muy buenos resultados.

—Solo necesitamos saber tu idea y nosotros la desarrollamos.

El camarero volvió a escena trayendo las consumiciones. Elena, cuando sintió el olor del café, tuvo una necesidad imperiosa de ir al baño. Le preguntó al camarero la ubicación y, pidiendo disculpas, se levantó.

—¿Te encuentras bien, Elena? —preguntó Brahma cuando la vio acercarse, preocupado por su semblante pálido.

—Creo que esta estación del año me está descontrolando. Después de los años que llevo aquí, mi cuerpo todavía no se ha adaptado.

—Si quieres posponemos esta reunión para otro día. Mándame por correo los detalles y mi equipo y yo estudiaremos todas las opciones.

—Me parece estupendo, Yamir te mandará todo lo que necesites. Un verdadero placer conocerte —pronunció Elena mientras le estrechaba su mano para despedirse.

—Igualmente, Elena.

Giró sobre sus tacones deseosa de terminar su jornada y llegar a casa. Mientras esperaba en la entrada del restaurante a que llegara Ravi con el coche, escuchó detrás de sí su nombre; sonaba muy lejano, no le dio tiempo a voltearse para ver quién la estaba llamando. El resplandor de sol que había traído aquel inicial torrente de lluvia se estaba apagando. Sintió que todo giraba demasiado deprisa a su alrededor y solo advirtió a escuchar su nombre otra vez, pero esta vez sonaba con tono angustiado y muy lejano. De repente, todo se convirtió en una profunda oscuridad.

Capítulo 21

Confusión.

Esa era la sensación que sintió Elena cuando abrió los ojos. No sabía dónde se encontraba ni la razón de que se encontrara en una cama.

—Elena, ¿despertaste?

—¿Dónde estoy?

—Estás en un hospital. Te desmayaste, no reaccionabas, no sabíamos qué hacer y te trajimos aquí.

—¿Trajimos?

—Sí, tu chófer y yo. Cuando te desmayaste, él llegaba con el coche.

—No sé lo que me pasó —dijo todavía aturdida.

—Tranquila. El doctor hizo varios estudios. Estamos esperando los resultados.

—Y mi marido, ¿habéis avisado a Javier?

—Ravi lo llamó pero no hemos podido localizarlo. No está en su oficina ni en vuestra casa y el teléfono parece que está apagado.

Se produjo un incómodo silencio que rompió el doctor cuando entró con unos papeles en la mano. Era un señor de tez muy oscura, con pronunciadas arrugas que delataban su avanzada edad y con pelo totalmente canoso.

—Veo que ya despertó, señora Álvarez —dijo mostrando una sonrisa amplia.

—Apenas hace diez minutos que volvió en sí, doctor. ¿Ya tiene algún resultado?

—Precisamente vengo a comunicarles el motivo de su desmayo. Los análisis de la muestra de sangre que le hemos hecho ya me llegaron. Les tengo que felicitar, señor y señora Álvarez. ¡Van a ser papás!

—Está en un error, yo no...

—¿Embarazada, doctor? —le cortó a Brahma sin importarle que la persona que tenía delante lo hubiera confundido con su marido.

—Casi siete semanas. Aquí le traigo su alta. Ahora le toca mucho descanso y que se remita a un especialista para que haga el seguimiento de su embarazo.

—Sí, doctor —contestó automática Elena.

«¡Embarazada! ¡Siete semanas!».

—Veo que no es algo que esperaras.

Volvió de sus pensamientos y miró a los ojos de Brahma.

—Bien, supongo que necesitas tu privacidad para asimilar esta noticia. Te espero fuera para acompañarte a casa.

—¡Ah! ¡No! Brahma, por favor, no es necesario. Mi chófer está aquí, no me quedo sola. Gracias por todo, por traerme, por acompañarme.

—Ni lo menciones. No digo que ha sido un placer, porque vaya susto me diste. Espero que nuestro segundo encuentro no esté cargado de tantas emociones.

Los dos se despidieron con risas.

—Ya le digo a Ravi que te espere, que saldrás en unos minutos. Él también estaba muy angustiado.

—De acuerdo, gracias otra vez.

Cuando Brahma cerró la puerta un sinfín de emociones se desplomaron sobre ella. «¡Siete semanas de embarazo! ¿Cómo se lo iba a decir a Javier? Aquello nunca había formado parte de sus planes. ¿Cómo iba a tomar él aquella noticia?».

«Siete semanas», volvió a repetírselo en su cabeza sistemáticamente mientras buscaba su bolso en la habitación.

«¡No! ¡No puede ser! Era el tiempo que había estado de viaje en España. ¡No podía estar pasándole esto!». Estaba embarazada y la posibilidad de que ese bebé fuera de Fabián era del 50%.

Salió de la habitación en busca de Ravi. Aturdida por la duda, agradeció los buenos deseos de su chófer de verla recuperada. Lo que él no sabía era que en su interior un incontenible amasijo de dudas afloraban sin ningún tipo de pausa, acompañado por el miedo a la reacción de su esposo. Viniendo de él, últimamente ya no sabía qué reacción se podía esperar.

Capítulo 22

—¡Qué bien que has llegado, Javier!

Todavía no había terminado de quitarse sus zapatos en la entrada y ya vio a Niraj con paso apresurado diciéndole aquellas palabras.

—¿Qué ocurre, Niraj? ¿Por qué estás tan exaltada?

—Es la señora Elena. Hemos estado horas intentando localizarte, pero tu teléfono no tenía señal.

—¿Qué le pasó a Elena?

—Se la llevaron al hospital, perdió el conocimiento en plena calle.

—¡¿Qué?! ¿En qué hospital está?

—No, llamó Ravi, ya están de camino —le comunicó rápidamente Niraj para que no saliera al ver que intentaba volver a ponerse la chaqueta.

Javier soltó un suspiro en señal de alivio. Mientras él estaba en el cuarto de un hotel con Mónica, su mujer era atendida en un hospital. Y él no estaba porque había apagado su móvil para que nadie los molestara. Un breve sentimiento de culpa se divisó en su rostro que rápidamente escondió cuando vio que su mujer entraba por la puerta y aparentemente estaba bien.

—Señora Elena ¡Qué bien que ya está en casa!

—Gracias, Niraj. Estoy bien, no te alarmes. Solo me encuentro cansada —dijo mientras le echaba una mirada fugaz a Javier.

—¿Quiere que le lleve algo de tomar a su cuarto?

—Solo necesito acostarme y recobrar fuerzas.

Subió las escaleras esperando una palabra de su marido. Mientras se alejaba, notaba la mirada de Javier en su espalda.

—Niraj, la voy a acompañar por si necesita algo.

—Sí, Javier, no la dejes sola.

Cuando Javier entró en su dormitorio, Elena estaba cogiendo de su armario ropa para cambiarse. La contempló en silencio un par de minutos, hasta que decidió preguntar.

—¿Qué pasó, Elena?

Paró abruptamente lo que estaba haciendo intentando buscar una respuesta.

—No sé, estaba abandonando mi reunión de la fundación y de repente me

desplomé en la calle.

—¡Fundación! Sabes perfectamente que no estoy de acuerdo con que le dediques tanto tiempo.

—¿Y qué quieres que haga aquí en esta casa tantas horas sola?

—La fundación ya tiene gente que la gestione.

—Pero conmigo y mis ideas podemos ayudar más.

—¿Tus ideas? ¡No seas ridícula, Elena! ¿Qué puedes aportar tú? —dijo sarcásticamente.

—Claro, no sé por qué hablo contigo de estas cosas. Se me olvida que, según tú, yo no sé hacer nada bien.

—A parte de saber elegir los perfumes o cosméticos más caros o vestir el último modelo, no se me ocurre nada. Eso sí lo haces muy bien. Siempre eres la mujer más elegante y distinguida de todos los eventos a los que vamos.

—¡Claro! Soy una especie de escaparate para todos tus socios y clientes. Como un recordatorio de todo tu poder y las mujeres que puedes tener.

—¡Qué bueno que no lo olvides, Elena!

—Pues déjame decirte que a partir de ahora también seré la madre de tu hijo. ¿Serás capaz de poder exhibirme en mi estado, señor Álvarez?

—¡¿Qué?!

Elena contempló a su marido y, asustada, vio cómo su semblante conmocionado por lo que acaba de escuchar se iba tornando en enojo. Sus ojos tenían una mirada fulminante. Fue en ese momento cuando Elena comprendió que, aunque su desesperación y cansancio eran tan elevados, tenía que haber estudiado la forma de decírselo y no de un modo tan abrupto.

—¿Embarazada? ¿Cuándo te dije yo que tenía algún deseo de ser padre? ¿Cuándo Elena? ¿Nunca, verdad? —gritó provocando un escalofrío en todo su cuerpo.

—Yo tampoco lo he buscado. Sucedió.

—¡No lo quiero, Elena! Mañana mismo te busco a alguien que te saque eso.

—¡¡Eso!!! —repitió atónita—. Eso es nuestro hijo, Javier.

—¡Mañana mismo te lo quitas!

Se dio media vuelta y dejó a Elena allí parada, desconcertada. Solo el sonido del portazo de la puerta consiguió romper el asombro de su alma al escuchar aquellas palabras de su marido al referirse a su hijo.

Capítulo 23

Tristeza. Una enorme tristeza se apoderó de Elena cuando Javier la dejó delante de la puerta de la clínica en la que iba abortar. Ya en su interior buscó la recepción y dejó su nombre. Se sentía como un número más, donde la historia que había detrás no importaba.

A los pocos minutos, alguien pronunció su nombre y la sensación de miedo recorrió todo su cuerpo. Por segunda vez escuchaba su nombre; se levantó pausadamente recogiendo su bolso, sentía que le habían caído como dos décadas encima y que todos sus movimientos eran torpes. Ni en ese momento Javier estaba a su lado acompañándola, aunque a esas alturas ya no sabía si eso era lo mejor para ella.

Todo estaba sucediendo demasiado deprisa. No habían pasado ni veinticuatro horas desde que se lo comunicó a su marido y ya la había obligado a estar en aquel lugar, sin poder asimilar lo que iba a suceder. Si el doctor, horas antes con su noticia, la había paralizado, ahora la decisión de su marido le provocaba vértigo, un miedo que invadía cada célula de su cuerpo.

Una mujer la guió hacia una sala totalmente blanca y fría. Muy fría.

—Póngase esto —le dijo la mujer mientras le entregaba una bata verde.

Elena seguía estática en el mismo lugar.

La mujer la contempló unos segundos y prosiguió con sus instrucciones.

—Cuando termine, me avisa. La pasaremos al quirófano. Antes tendrá que tomarse una pastilla sublingual para provocar las contracciones. Hoy mismo estará en su casa.

Pero Elena seguía inmóvil en el mismo lugar absorta en sus pensamientos.

¿Cómo podía decidir si estaba presionada por Javier? ¿Cómo iba a ser él un buen padre? ¿Y ella estaba preparada? Y si el hijo que esperaba resultaba ser de Fabián, ¿lo abortaría igual? Su mente rotundamente lo negó. Sabía que era lo que más deseaba, no tenía ningún tipo de dudas, era lo que más anhelaba, que ese bebé fuera de Fabián.

—Señora Álvarez, le traigo su pastilla.

—No... no quiero hacerlo —le cortó Elena.

—¿Está segura?

—Completamente —contestó Elena mirándola por primera vez a los ojos.

—Está bien, señora, tranquilícese. Si tiene dudas, todavía tiene tiempo para pensarlo.

Elena cogió sus manos pronunciando en tono desesperado:

—Ayúdeme a que mi marido no sepa que no he podido hacerlo, no me lo permitiría.

—Está bien, no se alarme.

La mujer cogió los papeles del informe de Elena y los revisó.

—Veo que ya está todo pagado, no creo que venga a preguntar. Desafortunadamente, no es la primera vez que me encuentro con algo así. Márchese tranquila. Yo me ocupo de todo.

—Gracias, le sabré gratificar.

—Vístase y recuerde que, si no quiere que él sospeche, es mejor que intente pasar el resto del día en reposo. Es lo normal en estos casos.

Capítulo 24

Elena pensaba recostada en su cama en la suerte de la mañana pasada al haberse encontrado con aquella mujer tan comprensiva. Era como si el destino la hubiera puesto en su camino para ayudarla. Viendo su angustia, había archivado su expediente médico para que no se pudiera realizar ningún papeleo administrativo, conforme la cirugía no se había realizado. Este era un tiempo que ella tenía a su favor. Si se mantenía cautelosa, cuando Javier se diera cuenta, ya no podría hacerle nada a su hijo.

«¡Su hijo!».

Tocó con su mano su vientre y el sentido de protección creció en ella.

«No dejaré que nadie te lastime, bebé. ¡No lo permitiré!».

Ahora, a parte de ocultar su embarazo, tenía una preocupación añadida: necesitaba saber si el hijo que esperaba era de Javier o de Fabián. Sabía que nada iba a cambiar el amor que ya sentía por ese ser que comenzaba a crecer en ella, pero que fuera de Fabián sería un maravilloso regalo, añadido al de ser madre.

Había estado investigando esa mañana. Sabía que a partir de la duodécima semana podía realizar una prueba de paternidad prenatal no invasiva. Buscó nombres de clínicas que la realizaran y apuntó el teléfono de varias de ellas.

Deseaba caminar y pensar en el rumbo que tomaba su vida, pero no habían pasado ni veinticuatro horas desde su falso aborto. No podía permitirse levantar sospechas en Javier, como tampoco podía permitir que él la siguiera degradando. Tenía que ser fuerte.

Tenía que pensar en las salidas que podía tener en su situación. Su posición al contrario de otras era más complicada. Su marido tenía mucho poder, estaba en un país que no era el suyo y además sentía que sus movimientos estaban totalmente vigilados. Solo con inteligencia podría salir de aquella situación.

La fundación era su arma. Tenía que comenzar a actuar, que su nombre fuera escuchado de tal forma que no la presentaran como la mujer del exitoso Javier Álvarez, sino como la presidenta de la fundación que impulsara un mayor bienestar a la gente más humilde de la ciudad.

«¡Sí! Ese sería su escudo para frenar a Javier».

Él era un hombre de apariencias y estaba segura de que no le gustaría que su nombre resultara salpicado con ningún tipo de escándalo.

Satisfecha por sus reflexiones, comenzó a trabajar en su proyecto para la

fundación. No podía perder su creatividad. Sus fuerzas fueron en aumento, quizás aquel bebé le estaba dando la serenidad que hacía tiempo Javier le estaba quitando.

Tocó una vez más su tripa, como si la estuviera acariciando y sonrió mientras susurraba: «Gracias, bebé».

Capítulo 25

Javier llevaba casi dos meses de trabajo constante. Después de lo sucedido con su esposa, sus días los pasaba en su oficina y, prácticamente todas las noches, acudía a sus encuentros con Mónica Solano. Casi no veía a Elena, pero los encuentros con Mónica se habían convertido en un hábito, los cuales la liberaban de sus tensiones y calmaba ese enfado que todavía le provocaba la noticia de su esposa.

«¿¿Cómo le había pasado por la mente imaginar que él quería ser padre?! ¿Cuándo él le había insinuado tal disparate?».

Mientras su mente divagaba en aquellas reflexiones, su cólera no disminuía después del tiempo que había pasado. Era tal su enojo que no se percató de lo que tenía en sus manos hasta que sintió un clac. Un lápiz se había quebrado entre sus dedos. Todavía más enojado por lo sucedido, se levantó rápidamente mientras susurraba entre dientes: «¡Elena!».

Se dirigió hacia la ventana para intentar sosegar su torpeza con las vistas que esta le otorgaba, pero esta vez no funcionó. Retrocedió sobre sus pasos y cogió su móvil. Después de apenas dos tonos, la voz al otro lado de la línea lo calmó.

—Javier, ¿qué ocurre? Tan solo hace una hora que me has llamado. ¿Sucede algún problema con el envío de nuestro pedido?

—No, preciosa, solo necesitaba escuchar tu voz. Ya te echo de menos.

—Vaya, señor Álvarez, me parece que hasta la noche va a tener que seguir pensando en mí porque tengo pendiente mucho trabajo.

—No te preocupes que tu distribuidor llegará a tiempo.

—Nunca he dudado de su buen trabajo —exclamó en tono seductor.

—Nos vemos, preciosa.

—Hasta después.

Sabía que ese pedido no iba a tener problemas, pero abastecer a su nuevo cliente le iba a cobrar factura. Para poder cumplir la demanda de sus telas había echado mano de lo apartado de sus otros clientes. La empresa de Mónica Solano tenía muchas sucursales repartidas en grandes ciudades. Era una firma en plena expansión, ávida de que su marca fuera la primera en salir mostrando su colección.

Siempre le quedaría la pregunta sin respuesta de por qué su tío había entrado

en aquella negociación. Él siempre había sido reacio a empresas jóvenes y todavía no consolidadas en el mercado. Siempre lo había recordado argumentando que solo quería empresas solventes y que su empresa no podía arriesgar el esfuerzo que la familia había realizado año tras año, simplemente por un informe basado en especulaciones.

Ahora se encontraba con un problema resuelto pero en un periodo de un mes tenía que abastecer al resto de sus clientes y su materia prima no alcanzaba. Solo encontraba una solución, recurrir al contrabando de telas.

Hacía muchos años que la empresa había dejado de practicar esos métodos. Su tío siempre le había contado que, años atrás, en una época la producción se había malogrado y el algodón y todos sus derivados eran unos productos muy difíciles de conseguir, no solo por una mala cosecha sino también porque el gobierno limitó las exportaciones, dándole a este producto protección y trato especial.

Los contrabandistas de esta materia prima tuvieron que recurrir a otros países como Paquistán o Turquía para cubrir la demanda de las industrias textiles que arriesgaban sus negocios al poder ser descubiertos por el gobierno y ser multados con duras sanciones, de tal modo que muchas empresas tuvieron que cerrar. Pero su tío había tenido suerte y había conseguido salvar su empresa gracias a esas prácticas. Tuvo que tratar con ese tipo de comerciantes para que sus clientes no perdieran su confianza, aunque el precio había resultado ser bastante alto, ya que se habían aprovechado de aquella situación provocando escasas ganancias y, en muchos casos, pérdidas, dificultando el pago en el tiempo establecido.

Todavía conservaba aquellos contactos. Revisó entre los papeles que conservaba de su tío y localizó el nombre de aquel hombre, Falit. Sabía que era un personaje muy peligroso. Pero esta vez no iba haber ningún problema. Una vez que la empresa para la que trabajaba Mónica Solano le hiciera la transferencia, podría liquidar su deuda.

Javier cogió nuevamente su teléfono y llamó al número que estaba anotado en una de las agendas de su tío.

—Buenas tardes. Quisiera hablar con el señor Falit.

—Sí, soy yo. ¿Quién habla? ¿Cómo tiene este número?

—Hace unos años mi empresa hizo negocios con usted, por eso tengo este número. Le llamo porque necesitaría otra vez de sus servicios.

—Supongo que está al tanto de mis condiciones, si ya ha trabajado conmigo.

—Si en este tiempo no han cambiado las formas, sí, lo recuerdo.

—Le mandaré la ubicación del lugar donde nos veremos y los datos que necesito.

—De acuerdo, espero entonces su mensaje.

Solo le quedaba esperar su llamada. Aliviado porque sentía que tenía de nuevo el control sobre todo, se dirigió hacia el minibar que tenía en su oficina. Cogió un vaso e introdujo en él dos hielos. Tomó la botella de whisky, Hibiki 21, olió su contenido y echó una pequeña cantidad en su vaso. Tomó un gran sorbo con la satisfacción de que todo estaba encauzado. Aquella bebida era su deleite y le hacía sentir siempre victorioso.

Miró su reloj, no era demasiado pronto para encaminarse a su cita con Mónica. Con su vaso en la mano se acercó a su escritorio y guardó bajo llave las agendas. Con una sonrisa triunfadora pronunció: «¡Tío, aún muerto, siempre me sigues ayudando!».

Cogió su chaqueta y cerró la puerta de su oficina con tal satisfacción que sentía que nadie podría derrumbarlo.

Capítulo 26

Aquella noche, todo parecía estar en calma. Una inmensa oscuridad y silencio se sentía desde la terraza de la habitación de Elena. Todos en casa hacía horas estaban durmiendo. Eran las dos de la madrugada y Javier, como ya era habitual, no había regresado. Seguramente ni lo iba a ver. Se lo imaginaba en la habitación de cualquier lujoso hotel con una de sus amantes.

Aquello era un secreto a voces que en los últimos meses se había convertido en habitual. Al principio Elena no llegó a sospechar de su marido, porque eran ausencias más escalonadas y cuando regresaba a casa, aunque tarde, siempre alegaba que las cenas con sus clientes se habían demorado. Pero cuando comenzaron a ser tan seguidas, ella supo que existía otra razón y más cuando no demandaba sus obligaciones como esposa, como él lo llamaba.

Pasar las noches sola le hizo descubrir que ya no le importaba, agradecía la llegada de aquella mujer o mujeres a la vida de Javier. Ahora volvía a respirar un poco libremente y, lejos de sentirse culpable por aquellos sentimientos, un alivio se apreciaba al descubrir que ya no lo amaba. Su dignidad volvía a emerger después de todo ese tiempo de ausencia y de maltratos verbales y físicos.

Esas pausas en Javier le hicieron descubrir que todavía tenía fuerzas y lograr entender que no se conformaba con ese tipo de amor, no necesitaba migajas. Ella valía. Se sentó en la silla de la terraza y cogió los papeles del discurso que tenía preparado para el gran evento de la fundación, dentro de dos días. Sería una gran noche, donde mostraría el trabajo realizado y donde los nuevos benefactores descubrirían la nueva imagen de la fundación.

Habían sido semanas de trabajo intenso, porque el tiempo trabajaba en su contra. Su embarazo de cuatro meses y medio hasta ahora había pasado desapercibido, pero ya era visible una ligera tripa que ella ocultaba con ropa holgada. Afortunadamente, los eventos de su esposo en ese tiempo fueron escasos, algo que también jugó a su favor, añadido a sus ausencias. Todo iba como ella esperaba.

Cogió la taza todavía humeante de su té y le dio un sorbo mientras seguía pensando en la gran noche. Nada podía salir mal. De ella dependía su futuro y el de su hijo. Necesitaba triunfar y conseguir nuevos aliados para la fundación.

Solo su éxito sería el obstáculo para Javier el día que se enterara de la verdad. Su gran ego era su defecto. Sabía que, de esa forma, sus maltratos serían más

difíciles y ella recuperaría una libertad que ahora se daba cuenta había perdido desde que llegó a Bangladesh.

Javier estaba a la hora y lugar acordado por Falit. Apenas habían pasado veinticuatro horas desde su conversación telefónica y allí estaba en un lugar solitario de uno de los tantos *slums* de la ciudad de Daca.

Nervioso por el retraso del hombre que tenía en sus manos el futuro de su empresa, volvió a ojear su teléfono por si hubiera un mensaje, pero la bandeja de entrada estaba vacía, eso lo estaba inquietando más, siempre había creído que la impuntualidad era una gran grosería.

—¡Vaya, vaya, vaya...! Miren a quién tenemos aquí, al distinguido señor Álvarez —dijo una voz detrás de él. Javier se giró aliviado de ver que había llegado.

—Disculpe la tardanza, este tráfico hoy estaba más horrible de lo normal.

Javier contempló a Falit. Era un hombre alto y con una pronunciada barba canosa. Llevaba una chalina enrollada a su cabeza, Javier rápidamente recordó que eso tenía que ver con un tipo de religión. Iba vestido con un traje y camisa totalmente negro, su turbante era la única nota de color que llevaba puesta.

—Buenas tardes. No se preocupe, todos sabemos lo difícil de transitar en esta ciudad —pronunció con una leve sonrisa Javier mientras hacía ademán de estrechar su mano.

Falit lo miró y alargó su mano para corresponder a su saludo. Fue cuando Javier observó el anillo que llevaba en su mano derecha, con un enorme rubí que con la luz del día parecía que destellaba varias tonalidades de rojo.

Su rostro mostraba una mirada dura de un hombre de negocios con muchos años de batalla.

—Dígame, señor Álvarez, ¿qué necesita de mí?

—Necesito urgentemente un cargamento de algodón. En dos semanas tengo que abastecer a mis clientes.

—¡Vaya, vaya, vaya...! Su tío tengo que reconocer que nunca fue tan exigente en plazos conmigo. Más bien, yo fui el demandante. Lo recuerdo bien... —sonrió mientras hacía girar su anillo.

—Le aseguro que conmigo no va a tener problemas, señor Falit. Lo que haya tenido en el pasado, fue solo un desafortunado problema de tiempo.

—El mismo que ahora tiene usted, por lo que aprecio. —Falit paró de girar su anillo y exclamó: —Pero somos hombres de negocios, ¿no? Está bien, en tres

días tendrá usted su cargamento. Mitad ahora y la otra mitad cuando se entregue.

—¡Es muy pronto, señor Falit! Deme unas horas para el primer pago y el resto en dos semanas.

—Usted es el que tiene las prisas. No me puede decir que un distinguido hombre de negocios como usted no tiene la suficiente liquidez.

—Hasta dentro de dos semanas no cuento con el pago de un negocio que he cerrado.

—Está bien, está bien. Para que vea mis buenas intenciones. En dos semanas el resto.

Javier alargó la mano para cerrar el trato. Aquel hombre que unos años atrás había sido la pesadilla de su tío, hoy a él le estaba solucionando todos sus problemas.

Capítulo 27

Cuando Elena entró por la puerta de la fundación, todas las miradas se clavaron en ella. Del inicial ruido propio de todos los invitados conversando, se hizo el silencio; lejos de sentirse abrumada, esto le dio más fuerzas.

Lástima que Javier no estaba acompañándola. Había llegado demasiado tarde a casa, así que Elena optó por llegar primero.

Todavía retumbaban en su cabeza las palabras que le había dicho cuando la vio preparándose: «Tienes que intentar cuidarte un poco más, ¿te estás poniendo como una foca!».

Las recordaba y sentía tristeza, dolor. Ni una palabra de ánimo ni adulación. Mientras tomaba una gran bocanada de aire, tocaba su pulsera. Después de tantos años apartada en un rincón especial de su lujoso joyero, hoy la sacaba. Era un día importante y sabía que la energía que transmitía era solo positividad. La que ella y su hijo necesitaban. Al final ese recuerdo de Fabián era una de las pocas cosas verdaderas que había tenido y sentido. Aunque ahora también estaba su hijo y él era la prueba clara de aquel amor. Porque, según los estudios que había realizado, Javier no era el padre y esa era otro motivo para estar feliz.

En cierta forma, Fabián estaba con los dos a través del recuerdo de aquel regalo de cumpleaños que un día él le había hecho. Pero a pesar de todos esos sentimientos que aún seguían muy adentro, Elena tenía que guardar silencio. Ocultar esa verdad.

Sus pensamientos fueron rápidamente cortados con la presencia de Brahma, que al divisar su llegada, fue a su encuentro, extrañado de que hiciera la entrada sola sin su marido.

—Buenas noches, Elena. Permíteme decirte que estás deslumbrante. Sin duda serás el centro de atención.

—Tan amable, Brahma, como siempre —sonrió Elena—. Haces honor a la galantería inglesa.

Brahma la tomó del brazo y los dos se adentraron en el salón de fiestas para recibir a todos los invitados.

En ese momento supo que la elección de llevar un *sari* para ese acontecimiento había sido un acierto, no solo porque la mayoría de invitadas llevaba uno sino porque era la forma de que sus invitados vieran la integración con su cultura tan tradicional.

Elena había elegido una tela que, de la cintura hasta los pies, era de color turquesa, pero el extremo posterior se iba difuminando en otros colores hasta unirse con el negro. La parte que colgaba sobre su espalda volvía hacer la fusión de colores pero a la inversa y, en sus extremos finales, un encaje de color negro resaltaba el color predominante de la pieza.

Brahma la soltó del brazo cuando comenzó a saludar a todos los asistentes. Se alejó hacia un extremo del salón para recoger su cámara de fotos. En ese momento comenzó a ser la sombra de Elena y, cada vez que ella saludaba a alguien, lo capturaba con su cámara. Revisando en su pantalla las instantáneas, observó a una Elena feliz, carismática.

Cuando el señor Álvarez entró, Elena lo miró y su semblante completamente cambió. Había algo en su mirada y en sus gestos que no eran naturales. Fue en ese momento cuando Brahma se percató de que algo le pasaba a Elena. Recordó lo extraña que se mostraba desde hacía semanas, lo que él achacó a su embarazo. Según había siempre oído, los estados de ánimo variaban, por eso no le había dado mucha importancia; pero aquello presentía que era diferente.

Se acercó hacia ellos y con la cámara en mano antes de volver a capturar otra instantánea, pronunció: «Sonrían».

Javier miró a Brahma con mirada inquisitiva; como preguntándose quién era ese hombre que osaba interrumpir su charla.

—Él es Brahma. Es el encargado de la parte publicitaria de la empresa —le explicó Elena, como advirtiendo las dudas en la cabeza de su marido.

—Mucho gusto, señor Álvarez.

Javier lo volvió a observar del mismo modo que hacía unos minutos pero esta vez con un toque de prepotencia.

—Espero que todo salga bien esta noche.

—No se preocupe, todo saldrá según lo previsto.

En ese momento Yamir apareció para susurrarle algo a Elena.

—Disculpen, caballeros, los dejo en las mejores manos. —Se dirigió al grupo con el que estaba, señalando a su marido, y se fue tras los pasos de la secretaria de la fundación.

Minutos después, Elena se encontraba encima del pequeño escenario y la música había cesado.

Javier, sorprendido de que su esposa le hubiera omitido que daría un discurso, se incomodó porque tendría que ser él quien estuviera en su lugar, al fin al cabo

él era el presidente de la compañía.

—Buenas noches, señoras y señores. Les agradezco su presencia esta noche, sin ustedes esto no sería posible y sin sus aportaciones, que espero sean muchas y generosas, tampoco. —Se oyeron un tumulto de risas a su alrededor.

—Cuando descubrí a fondo esta fundación y vi el trabajo que había hecho su creador, el distinguido Jacinto Álvarez, decidí que tenía que involucrarme más en el proyecto que él desafortunadamente dejó inconcluso. Un tercio de nuestra población vive sumido en la pobreza. Según las estadísticas, familias malviven con menos de un dolor diario. Tenemos muchos colectivos que están luchando contra esta realidad, pero yo creo firmemente que crear programas de empoderamiento para este grupo social es la forma óptima para que, en un plazo no muy largo, veamos resultados. Por eso les presento este proyecto diseñado según los recursos que podemos optimizar de esta ciudad. Todos unidos marcaremos la diferencia y sin duda podremos poco a poco llegar a distintos lugares, donde cada uno de ustedes con sus aportaciones es el protagonista. ¡Muchas gracias!

Cuando Elena terminó su discurso sonaron los aplausos. Solo pararon estos cuando las luces se apagaron y en una pantalla gigante comenzó a reproducirse un vídeo.

En él, los distintos habitantes de los *slums* eran filmados y, con ellos, sus condiciones de vida. En él volvía a salir Elena interactuando con la gente y mostrando la idea en la que había trabajado. Creando talleres de confección para mujeres a través de objetos reciclados. Insistía en la importancia de clases repartidas por profesionales para ayudarlas a crear. Insistía en la importancia de que los niños tuvieran escuelas e incluso que se formaran redes de colaboración vecinal, para que cada uno ayudara según sus habilidades.

Terminaba el vídeo diciendo: «El pueblo es nuestro espejo ante los ojos del mundo».

Se encendieron las luces y Elena observó las caras de toda aquella gente importante. Esperaba haber llegado a ellos. Al poco rato volvieron a sonar los aplausos. En ese momento, toda la tensión de la noche se evaporó. Aliviada, levemente suspiró. Buscó la mirada de Brahma para, desde los pocos metros que los separaban, agradecerle con un simple gesto aquel fantástico documental que, sin duda, había sido el broche final de aquella gala.

La noche fue llegando a su fin que transcurrió hablando con los importantes hombres de negocios de aquel evento y sus mujeres, ávidos de saber más sobre

el proyecto de Elena y de ser los primeros en hacer notar sus aportaciones.

Elena observó cómo su marido seguía en conversaciones con empresarios.

—Elena, ¡por fin sola! No quiero que termine esta noche sin agradecerte todo esto —dijo Cecilia, acompañada de Alicia

—Yo solo estoy poniendo un grano de arena. Lo importante lo hacéis vosotras.

—No te quites méritos, Elena. Mi tío hoy se sentiría muy orgulloso de ti. Así como lo estamos el resto de la familia.

—Gracias, Alicia.

La noche terminó y dejó de ver a su marido, extrañada se despidió del último invitado y buscó a Ravi, él también la estaba buscando.

—Señora...

—Ravi, ¿no has visto al señor?

—Sí, me comunicó que la esperaba en casa. Que le había surgido algo de último momento y no podía esperar al final.

—De acuerdo, Ravi, vayámonos entonces.

—Sí, señora.

Su chófer se apresuró a abrirle la puerta del coche y Elena emprendió su viaje hacia la mansión familiar.

Capítulo 28

¿Qué día fue en el que el sol dejó de salir en su vida?

Cuando reparó en el portazo de Javier tras de sí, ya sin apenas sentir algún tipo de sobresalto por el estrepitoso ruido que había provocado, cogió su bolso. Maltrecha y dolorida por los golpes que le había dejado en todo su cuerpo. Descubrir que no había abortado, lo había encolerizado hasta tal punto que se ensañó con su cuerpo.

Cuando llegó de la fiesta de la fundación, solo escuchó una voz enfurecida en la penumbra de su cuarto.

—¿Cómo te atreviste a engañarme así?

—No sé de qué me hablas Javier, ¿qué ocurre?

—¿Qué ocurre? ¿Qué ocurre? Ah, ¿te atreves a preguntar? Esa misma cara de asombro creo que fue la que puse yo cuando el doctor Ali me felicitó, no solo por la gala de esta noche sino por mi futura paternidad.

Elena no tuvo tiempo a hacer ningún tipo de réplica, ya las manos de Javier estaban en su cuello, oprimiéndola. Jamás había sentido tanto miedo como el que su cuerpo generaba en cada movimiento que sus manos hacían una presión más fuerte de asfixia.

Lo que sucedió después apenas lo recordaba, eran como flashes que aparecían fugazmente y desaparecían. Ella enroscada en el suelo intentando con su cuerpo proteger su vientre...

Cuando su cólera se fue menguando y en sus ojos se adivinaba una mirada de satisfacción al verla desvalida y tirada en la superficie de aquel suelo que hasta entonces Elena nunca había sentido tan frío, decidió irse, provocando aquel retumbante golpe.

Elena caminaba a duras penas entre los adoquines de la entrada de la casa familiar. Su mente estaba vacía, ya no tenía recuerdos, solo sentía dolor. Lamentando que cualquier esfuerzo no valía la pena.

Sus pasos, torpes y lentos, hicieron que tropezara con el coche que siempre conducía Ravi, y fue cuando comprobó que las llaves estaban puestas. Abrió la puerta y, después de conseguir sentarse y girar la llave, el ruido del motor solo le provocó deseo de escapar. Alejarse de aquella casa, de todo lo que tuviese que ver con Javier.

Mientras conducía sin rumbo por aquellas calles todavía llenas de vehículos y

de gente a pesar de la avanzada noche, volvieron los recuerdos olvidados del ayer. De aquellos días felices, de ilusiones que se habían desplomado por un precipicio. El mismo al que ella se quería lanzar y así terminar con toda la frustración que le quemaba en el pecho. De decisiones mal tomadas, de ambiciones que al final nunca pudo realizar o no merecían la pena todo aquel sufrimiento. Su balanza se inclinaba hacia el pasado perdido, pero hasta en él encontraba decepciones, engaños.

Se paró en una carretera oscura. No sabía dónde se encontraba. Solo advirtió que tenía que estar bastante alta por cómo, a lo lejos, divisaba las luces de la ciudad.

Un instinto hizo que su pie presionara el acelerador de su coche, ansiosa de lanzarse al que advertía era un precipicio al final de la carretera y mientras la oscuridad de aquella noche la seguía devorando y contemplaba las luces que parecían estar cada vez más lejos, su mente viajó al pasado. La noche donde Fabián le mostró por primera vez su lugar para pensar o cuando necesitaba estar solo. Aquel momento donde comenzó toda su historia. Tocó su vientre para sentir más cerca a su bebé y su pie instintivamente lo levantó del pedal del coche.

Solo le quedó llorar. Culpable por lo que había intentado hacer sin pensar. Hundió su cabeza en el volante y el llanto se hizo cada vez más intenso. Un torbellino de sensaciones se agolparon, queriendo salir todas a la vez, y no podía parar de llorar.

No supo cuántas horas pasó allí, ni cuándo fue que se quedó dormida, pero cuando el sonido de su teléfono la despertó y alargó el brazo, sintió que su cuerpo estaba aquella mañana más dolorido que hacía unas horas atrás. Brahma la estaba llamando, pero no quería hablar con nadie, solo deseaba estar sola.

Giró la llave y retrocedió por donde la noche anterior había venido, pero sin ningún rumbo fijo. Ya en la ciudad, Elena dejó el coche aparcado al lado de un edificio. Se adentró en las calles esquivando como podía el caos normal de coches que iban sin ningún tipo de norma por la calle. Aquello siempre le había parecido un tipo de vida suicida, por la ausencia de semáforos y de aceras, sin que los conductores respetaran a los transeúntes. Alguna vez recordó haber visto un tipo que dirigía el tráfico con una especie de palo, pero eso era lo menos normal.

Tantas horas sin comer que su estómago comenzaba a protestar, más bien su bebé pedía un poco de alimento. Solo tenía deseos de comer un *mishti doi*, pensó

en su cremosidad y su deseo de degustarlo aumentó. No tardó mucho en encontrar tan deseado manjar, estaba en un puesto de comida en unas vasijas de barro. Cuando lo terminó, sintió que no se había satisfecho y pidió otro, esta vez saboreándolo en cada cucharada.

Siguió su camino sin rumbo, ajena a las miradas. No era normal ver a una mujer sola caminar por las calles y ataviada con aquel *sari* de diseño de la noche anterior, menos todavía.

En cada paso que daba, nunca había sentido tan lejano el sonido de los claxon, ni de la llamada a la oración. Su vida pesaba más que aquel aire cargado que envolvía Dacca.

Se paró a contemplar cómo un señor cortaba el pelo a un niño en un extremo de la calle. A su lado, una multitud de gente leía unas hojas de periódico pegadas en una larga pared. Un señor dejó su lectura y se acercó junto al niño. Le dio unas monedas al que le había hecho el corte y, sonriendo, siguieron su camino. Mientras los seguía con la mirada un anciano paró a su lado.

—¿Se encuentra bien, señora?

Sobresaltada, lo miró y, cuando volvió a su realidad, se percató de que sus ojos estaban llenos de lágrimas.

El anciano, al ver su estado, la acercó hacia un puesto de telas, allí cogió un taburete y, con señas, le indicó que se sentara. Pronunció un nombre y al poco rato una anciana apareció. Elena pensó que sería su esposa. El hombre susurró algo a la mujer y esta se adentró por una puerta. A los pocos minutos traía en sus manos una humeante taza de té.

Elena no rechazó el ofrecimiento que aquella desconocida le estaba dando y a pequeños sorbos fue tomando aquella bebida. No supo qué fue lo que la calmó, si era la presencia de aquella anciana, su amabilidad, la luz tan especial que transmitía cuando hablaba o aquella bebida; pero a su lado sentía paz.

—Te veo perdida. Tu alma está atormentada y necesita luz, ¿verdad? —le preguntó mientras la miraba a los ojos.

Elena bajó su mirada incapaz de pronunciar palabra.

La mujer cogió sus manos entre las suyas. Elena volvió a percibir aquella sensación de calor y paz.

—Recuerda siempre esto. No importa la negrura que te rodee, tú puedes encontrar siempre una luz y no dejarte perder en la oscuridad. Solo tienes que meditar lo que tu interior necesita.

Tímidamente Elena le respondió con una leve sonrisa y en un torpe bengalí le dio las gracias.

Decidió caminar hasta la orilla del río Buriganga, ansiosa de que aquellas aguas y gentes le dieran la respuesta a lo que anteriormente la anciana le había comentado que tenía que encontrar.

Quizás aquel paisaje le hiciera encontrar la luz que había perdido tiempo atrás.

Capítulo 29

—¡Tya! —gritó Javier desde su oficina a su secretaria, ignorando que podía llamarla a través del teléfono.

A los pocos segundos, la secretaria llegaba corriendo y sin darle tiempo a entrar, nada más verla, prosiguió con sus gritos.

—¿Todavía no has podido localizar la central de Mónica Solano en España?

—Llevo toda la mañana intentándolo. Nadie me coge el teléfono, señor.

Tya, al ver que no le contestaba, se dio media vuelta atemorizada de que su jefe volviera a gritarle. Aquella mañana había comenzado con la furia descontrolada de su jefe, algo estaba pasando, pero no iba a quedarse allí a averiguarlo y ser blanco de los delirios de locura con los que había amanecido.

Javier decidió llamar a Mónica para comunicarle lo que estaba sucediendo.

Había pasado el tiempo acordado para el pago del pedido realizado por su empresa y esta todavía no había depositado el ingreso. Tenía tan solo unas horas para que le hicieran la transacción, o sino él iba a estar en grandes problemas con Falit.

Cogió su teléfono e hizo la llamada que esperaba le otorgara la calma que, por una razón u otra, desde hacía semanas ya no tenía.

—Mónica, llevo toda la mañana intentando ponerme en contacto con tu empresa, pero me ha sido totalmente imposible.

—Javier, no sé qué ocurre, a mí tampoco me ha sido posible. Necesitaba que me enviaran unos informes que he solicitado hace dos días, pero nadie me contesta; ni llamadas; ni correos.

—¿Cómo es posible, Mónica? ¡Tú eres la presidenta ejecutiva en este país! —gritó exasperado Javier.

—No lo sé, te estoy diciendo que tampoco entiendo qué ocurre —contestó en el mismo tono la amante de Javier.

Javier cortó la llamada cuando el teléfono de la oficina dio el tono de su secretaria. Rápido tocó la tecla de manos libres, esperanzado de que al otro lado Tya tuviera la tan esperada comunicación.

—Señor Álvarez, lo llama el abogado.

—De acuerdo.

—¿Si?

—Javier, te llamo porque en dos días se vence el plazo para la entrega de la segunda parte del testamento de tu tío.

—Segunda parte... ¿Cómo?

—Tu tío así lo dispuso, no quiso que nadie tuviera conocimiento de él. Debo concertar la reunión con todas las personas requeridas para hacer su lectura.

—Pero yo creía... que todo ya había sido repartido.

—No. Hay una última cláusula. Los detalles solo los puedo revelar en la reunión.

—De acuerdo, de acuerdo.

—Entonces, el jueves a las cinco de la tarde nos vemos en la empresa.

—Aquí nos vemos.

Cuando Javier cortó la llamada, su nerviosismo se había acrecentado. «¿Qué estaba pasando? ¿Qué más podría desvelar aquella última parte del testamento?».

Intentó comprender la razón de que su tío eligiera tomar esa decisión, pero no encontró respuestas. Conociéndolo, sabía que él nunca dejaba hilos sueltos. Si los informes de su presidencia arrojaban malos datos, quizás su cargo podría estar en peligro; del mismo modo que lo estaba su vida si no conseguía ponerse en contacto con España.

Capítulo 30

El día había terminado con un estado de nervios superior al que había tenido por la mañana. Javier cogió las llaves de su coche y abandonó el ascensor que le abría las puertas a la planta del aparcamiento del edificio. Se dirigió a su plaza dispuesto a subirse a su coche, llegar a casa y descansar su cabeza. Había sido un día agotador. Solo ahora su mente pedía no encontrarse a su esposa. Desde que había descubierto su embarazo oculto, ya no compartía habitación con ella. Era tal la repulsa que le causaba que, lejos de encontrarla atractiva con su ya prominente barriga, le causaba rechazo.

Degradarla era su mayor satisfacción. Aunque hoy no tenía ánimo de verla. Ni de ver su cara de dolor cuando la llamaba gorda o empleaba cualquier alusión despectiva a su aumento de peso. Hoy no tenía ya energía.

Pulsó el botón de la llave para abrir su auto sin percatarse de que una furgoneta negra con cristales tintados se paraba delante de su plaza de aparcamiento. Cuando levantó su mirada, dos fornidos hombres de tez oscura bajaban de ella, mientras la puerta de atrás se abría lentamente y el traficante de telas Falit hacía acto de presencia.

—¡Vaya, vaya, vaya...! —pronunció Falit girando su enorme anillo—. Miren a quién tenemos aquí, al siempre distinguido señor Álvarez.

Javier, asustado, dejó caer su portafolios.

Los ojos de Falit se dirigieron hacia el suelo, donde unos folios aparecían dispersos a los pies de Javier, provocados por la apertura del maletín al caerse.

—¡Vaya, vaya, vaya...! Debería tener más cuidado con el material de trabajo. No vaya a perder algún documento y luego tenga problemas.

—Buenas tardes...

—Shhh, no le he dicho que haya terminado, ¿verdad, señor Álvarez. ¿O sí, chicos?

Se dirigió a sus escoltas y todos giraron sus cabezas en señal de negación.

—Mañana espero mi dinero. Ya debería saber que me gusta que la gente sea fiel a su palabra. No estamos hablando de unos pocos fajos de dólares ¿verdad?

Falit cogió la corbata de Javier e hizo el gesto de intentar centrar su nudo, mientras proseguía.

—No se lo tome a mal, señor Álvarez, negocios son negocios, ¿no es así?

Sus manos se dirigieron esta vez a su americana como intentando quitar con ellas una inexistente arruga. Se giró y subió a la furgoneta seguido de sus acompañantes.

Javier, cuando ya no la tuvo en su campo visual, sintió que volvía a respirar. Sus pulmones recibieron otra vez el aire que le había faltado ante aquel encuentro. Todavía con manos temblorosas se agachó para recoger los papeles que habían caído de su maletín y, con movimientos torpes provocados por la prisa que su cerebro pedía irse de aquel lugar, por miedo a que aquella situación volviera a repetirse, dejó en su rápida salida del aparcamiento unas cuantas marcas de sus neumáticos al tener que pisar el freno demasiado fuerte en la curva de salida.

Capítulo 31

Eran las cuatro de la mañana y Javier, harto de dar vueltas en la cama, decidió levantarse. Tenía que encontrar una solución para poder pagarle a Falit. Sabía muy bien lo peligroso que podía llegar a ser. Todavía sentía el miedo de la noche anterior ante su encuentro. Con el nerviosismo propio de una persona que sabe que pasará por momentos difíciles, decidió prepararse para afrontar aquel día.

Cuando llegó a la cocina no se sorprendió de que la luz estuviera ya encendida. Niraj siempre era la primera de la casa en levantarse. El olor a café recién hecho invadía todo aquel espacio.

—Buenos días, Niraj.

—Buenos días Javier, te levantas muy temprano hoy.

—No pude dormir bien... además hoy tengo un día muy complicado.

Niraj le acercó su habitual plato con frutas recién cortadas.

—Solo café, sin azúcar, Niraj, a ver si me despejo.

En su trayectoria hacia la salida de la mansión sonó su móvil. Nervioso por imaginarse quién era, accionó la tecla de su volante para descolgar, sin reparar en el nombre que la pantalla le indicaba.

—¡Sí!

—Buenos días, señor Álvarez, soy Narayan.

—¡Señor Sekhon! ¿A qué debo su llamada? —exclamó sorprendido Javier.

—Le tengo novedades del asunto al que hago seguimiento. Su primo Miguel, ayer por la noche, cogió un vuelo hacia Bangladesh.

—¿Cómo?

—La gente que lo tenía vigilando en Barcelona lo están siguiendo. No se preocupe. Solo creía conveniente que lo supiera.

—Buen trabajo, Narayan.

—Gracias, señor. Seguimos en contacto.

«¿Qué demonios se le había perdido a este sujeto aquí? ¡Hoy iba a ser un día muy largo!».

Nada más abandonar su coche, los hombres que aparecieron la noche anterior volvieron a abordarlo, pero esta vez no alcanzó a ver su furgoneta. Lo que significaba que ya debían de llevar un rato deseando su llegada.

—El señor Falit lo está esperando. —Hicieron un gesto para que los siguiera. Fue entonces que divisó la misma furgoneta.

Le abrieron la puerta y allí, en uno de los amplios asientos de cuero negro, se encontraba Falit, con semblante serio. El contrabandista subió su mirada sin dejar de mover su anillo.

—Señor Álvarez, ¡qué grata sorpresa!

—Falit, todavía no tengo el dinero, he tenido unos problemas...

—¡Vaya, vaya, vaya...! Chicos, el señor Álvarez dice que ha tenido problemas. Sus escoltas soltaron unas carcajadas.

—Yo creo que eso no serán problemas. Los verdaderos comenzarán hoy.

—Tengo la solución, puedo vender alguna de mis propiedades, pero eso me llevará tiempo.

—No colme mi paciencia. Le doy dos días más. No juegue conmigo.

Miró a su gente y afirmó con su cabeza en silencio.

—Gracias.

—Mis hombres lo acompañarán. Ah, y tenga cuidado con este parking, siempre hay algún loco perdido que puede ir demasiado rápido y atropellarlo.

Lo cogieron del brazo y lo bajaron de la furgoneta. Cuando ya estaban alejados decidieron parar y, sin haberlo visto venir, recibió un puñetazo en el estómago haciendo que se doblara de dolor. Su acompañante, al verlo casi en el suelo, comenzó a propinarle más golpes con sus pies. El cuerpo de Javier quedó completamente tirado en el suelo.

—Recuerde, dos días —pronunció uno de ellos acercándose a su cara para que lo escuchara bien. Con las pocas fuerzas que le quedaban intentó levantarse, pero en su mente seguían retumbando aquellas palabras: «Dos días».

Capítulo 32

Todos estaban en la sala de reuniones esperando a que llegara el abogado familiar. Javier se encontraba, como ya era habitual, en la silla presidencial y, a su lado, su padre y su hermano Adrián. Del otro extremo estaba Elena, acompañada de Alicia. Sus rostros demostraban duda y suspense, asombro por aquella reunión.

Cuando la puerta se abrió y apareció el abogado con su maletín rompiendo aquel silencio, todos a la vez levantaron su mirada.

—Disculpen la tardanza.

—No hay problema. Vamos al grano. Todos estamos expectantes de lo que mi cuñado nos tiene que decir. Prosiga, por favor.

—Gracias, Gonzalo.

El abogado abrió su maletín y sacó un sobre cerrado. Cogió sus gafas y se sentó en la silla vacía al lado de Alicia.

—Hace ya meses, mucho antes de que le diagnosticaran su enfermedad, don Jacinto me llamó para escribir su testamento. Él siempre sospechó que le quedaba poco tiempo, su enfermedad no lo cogió por sorpresa. Fue muy claro conmigo, quería dividir su testamento en dos partes. La primera ya la conocen, la segunda será esta. Lo quiso mantener en el anonimato hasta hoy, fecha que debería ser desvelada.

El abogado se dispuso a abrir el sobre, introdujo su mano en él y sacó una memoria USB. Se levantó para acercarse al ordenador de la sala y poder abrir su contenido. Abrió el único archivo de la memoria y, en ese momento, apareció Jacinto, sentado en su oficina. Todos se sorprendieron al verlo.

—Hola a todos. Supongo que si estáis viendo esto, es que ya llevo muchos meses bajo tierra. Esta es mi última petición o, mejor dicho, mi último acto para poder irme en paz. Bueno, no os sorprendáis. Ya sabéis cómo soy, ¿no? Un hombre de muchos recursos y hasta para morir quiero ser original.

Todos en la sala miraban la pantalla del ordenador con una ligera sonrisa melancólica. A excepción de Javier, que intuía que su tío tenía una última estocada que dar.

—Sí, Javier. Estás en lo correcto. Es mi gran último acto. Me conoces bien, de la misma forma que yo te conozco mejor.

Javier se sobresaltó al oír su nombre. Sentía que estaba realmente ahí, en carne

y hueso.

—Como todos sabéis a estas alturas, quise que mi adorado sobrino siguiera mis pasos en la compañía. Una empresa a la que he dedicado toda mi vida. Pero cuando comencé a sentirme mal y presentí lo que me iba a pasar, decidí limpiar mi conciencia. Llevaba muchos años atormentado por haber callado por el bien de la familia. Sin saber que las personas afectadas quedaban marcadas para siempre. Este silencio les cambió sus vidas. Tardé muchos años en darme cuenta de esto. Prácticamente hasta el final de mis días. Javier, siempre supe que, aunque te lo pidiera, nunca ibas a revelar la verdad. Te falta valor.

Todos miraron a Javier que, cabizbajo, contemplaba sus manos.

—Por eso diseñé un plan para ti. Javier, no sigas localizando la sede en España de Mónica Solano, nadie te va a contestar. Esa empresa ya no existe. Yo la creé para todo esto.

Javier se levantó de la silla colérico.

—¿Qué es todo esto? ¡Ah!

—Siéntate, Javier —ordenó su padre.

—Te merecías una lección. Te protegí mucho tiempo y nunca vi en ti arrepentimiento. Alicia, siento todo tu dolor.

Todos giraron la mirada hacía ella. Alicia mostraba un rostro repleto de lágrimas.

—Siento sinceramente no haber actuado en consecuencia cuando Javier te violó. Lo achaqué al alcohol, pero las sucesivas veces, que fueron muchas, estaba en plena lucidez. No pude ver al pequeño monstruo que estaba aflorando en él. Tu padre y yo decidimos tapar esa vergüenza por el bien familiar.

—¿Qué? Cabrón hijo de puta. —Adrián se levantó furioso de su silla y le propinó un puñetazo a Javier, haciendo que se cayera al suelo.

—Adrián, ¡basta ya!

—¿Tú lo sabías, papá? ¿Cómo has podido? Ahora entiendo muchas cosas. ¡Dios mío! ¿Qué familia es esta?

El abogado presionó otra vez el botón del *play* para seguir con el vídeo.

—Me di cuenta de todos los errores cuando Soledad, vuestra madre, por accidente, nos escuchó a vuestro padre y a mí en una conversación. No lo pudo soportar y en su dolor el corazón falló. Son muchas personas afectadas. Cambiamos la vida de Miguel al acusarlo, que tuvo que abandonar a su familia por nuestra mentira. Y a ti, Alicia, te obligamos a ir a una casa de monjas cuando

supimos que estabas embarazada y después ocultamos que tu hija había sobrevivido. Sí, está viva. Nosotros la dimos en adopción a una familia rica que ansiaba desde hacía muchos años ser padres. Espero que algún día puedas perdonarme. Mis culpas siempre me han atormentado, por eso decidí investigar hasta que la encontré e hice lo posible para acercarla a ti. Ella hace tiempo sabe la verdad y con ella tramé todo este plan. Ella quería buscar justicia por su madre. Yo a ella también se lo debía. La puse a trabajar codo a codo contigo en el *slum* donde tú estabas, porque ella quería conocerte.

Alicia seguía llorando en su lugar, con la vergüenza de alguien que descubre su secreto y con el asombro de otra enorme verdad revelada.

—Por eso decidí darte todo el poder para actuar libremente en la empresa. Dejé bien atada la negociación con la nueva empresa para que no pudieras echarte atrás y las pautas a seguir para que, instintivamente, recurieras a los servicios del señor Falit. Tranquilo, él también será castigado, es otra deuda pendiente que tenía con ese hombre por atreverse hace años a amenazarme con mi familia. Cecilia se está encargando de él. Supongo que las autoridades de este país ya tienen las pruebas de los negocios de contrabando de las telas que tú mismo pediste. Solo espero que no te toque en la misma celda que a ti, sino, lo pasarías muy mal. Tú pagarás como él por tráfico ilegal, a lo mucho unos ocho años; nada comparado a los que tendrías que haber pagado si en su momento hubiera hablado. Espero que este tiempo te sirva de reflexión y decidas dar un nuevo rumbo a tu vida. Yo tarde descubrí que quien siembra vientos, recibe tempestades.

—Adrián te cedo la nueva presidencia, estoy convencido de que la llevarás a buen puerto y para ti, Alicia, como símbolo de mi enorme arrepentimiento, te dejo los números de cuentas de un banco en Suiza. Espero que lo aceptes y te des un tiempo con tu hija Cecilia para disfrutarla sabiendo ahora quién es.

Capítulo 33

Ya había pasado un mes desde la lectura de aquel testamento. Lo que había sucedido después fue un inicio de una gran tormenta en la familia.

Cecilia, aquel día, estaba esperando fuera de la sala de reuniones. Cuando se encontró con su madre fueron surgiendo un cúmulo de sensaciones reprimidas. Su abrazo emocionó a todos. Javier la observaba incrédulo, incapaz de asimilar que aquella joven doctora fuera su hija. No tuvo mucho tiempo más para reaccionar, unos policías entraban para llevarlo a testificar. En aquel país el tráfico ilegal estaba muy penado y más si se trataba de algodón.

Elena, saturada de tanta información, mostraba un rostro pálido. Todavía no podía asimilar todo lo que había escuchado en aquella sala. Menos todavía la imagen de Javier esposado acompañado a cada lado por un policía. Pero toda gran tormenta viene acompañada de una gran calma.

Adrián comenzaba a dirigir la palabra a su padre, un hombre al que le habían caído diez años encima de golpe. Su cuñada Alicia desprendía una luz que hasta ahora Elena nunca le había observado y ella se encontraba haciendo las maletas para regresar a su tierra.

Recordaba las palabras del tío Jacinto: «Aflorar un pequeño monstruo».

Sí, tenía razón, el mismo que ella comenzó a divisar en la última etapa de su matrimonio.

Elena cerró las maletas y llamó a Ravi para que le ayudara a bajarlas.

Tenía mucho tiempo para pensar la propuesta de sus cuñados de seguir al frente de la fundación, a pesar de que ella había ya solicitado el divorcio a Javier.

Ya en el coche, con Ravi avanzando, volteó la cabeza para ver otra vez el que había sido su hogar durante aquellos años. Levantó su mano y la acercó a sus labios para echar un beso a Niraj, que, con lágrimas, había salido a despedirla.

Volvió a sentarse en su posición normal y la arboleda de la entrada de la mansión se perdió de su campo de visión.

Cuando Ravi llegó al aeropuerto y sacó sus maletas, Brahma ya la estaba esperando.

Con un breve apretón de manos se despidió de él.

—Que regrese pronto, señora, y mucha suerte.

—Gracias, Ravi.

Brahma se apresuró a coger sus maletas y, en silencio, entraron para facturarlas. No tenían mucho tiempo. Él sabía que a ella no le gustaban las despedidas.

—¿Y ahora qué sucederá?

—Ahora mis miedos ya los frené. Supongo que seguiré con la fundación. Al final es lo único que me ha dado satisfacciones en este lugar.

—Pero, ¿desde aquí la seguirás gestionando?

—Lo primero es mi hijo. Quiero que nazca en España, Brahma. Me siento más segura si lo tengo allí.

—Al final siempre regresamos al lugar donde más felices hemos sido, ¿verdad?

Elena asintió con una sonrisa melancólica.

Brahma tendió su mano para despedirse y Elena lo miró y lo abrazó.

—Gracias por todo. Esto no es un adiós, ¿vale? —dijo Elena, todavía abrazada a él.

Brahma observaba cómo Elena se iba, deseando que ese abrazo pronto se repitiera y esta vez fuera el del regreso. En esa mujer había encontrado una fuerza innata de superación. Y con ella había experimentado la admiración hacia alguien que, aunque cae, decide, a pesar del dolor, levantarse.

Elena dejó sus maletas y se acercó a la cola de embarque con la sensación de que su vida comenzaba a dar un nuevo giro. Ahora comprendía que su historia no la había escrito el azar, había sido hecha con sus decisiones.

Volvía a su país con el corazón roto. Ahora tendría que reflexionar de todo lo vivido. Intentar ser feliz sin miedo a mirar atrás. Encontrar las piezas que en esos años había perdido e intentar encajarlas en aquel rompecabezas que ahora era su vida.

Le tocaba reconstruir su vida, y esa fuerza sabía se la iba a dar su hijo; con él encontraría la luz que Javier le había absorbido.

Regresaba con una vida rota, pero nunca era tarde para comenzar.

A pesar de todo, en su maleta llevaba a una nueva mujer y con poder.

Agradecimientos

Mi más sincero agradecimiento a todas las personas que insistieron en que probara contar una historia en forma de novela.

A mis lectores, que decidieron analizar y hacer crítica de esta novela bajo un punto de vista distinto al mío.

A mi familia y amigos, por su apoyo siempre incondicional a este sueño de transmitir con las palabras.

Y a los que ya no están a mi lado, pero cuyo recuerdo me hace tener la voluntad de seguir luchando por un sueño.

Todos formáis una cadena invisible que me empuja cada día hacia un mundo de felicidad.

Doli Pereira.

¿Te gustó mi novela? Te agradecería tu comentario sincero en esta plataforma.

Cualquier duda o pregunta puedes contactar conmigo en mi correo

dolipereirap@gmail.com

!!!Gracias!!!